

# RETORNO INASIBLE



**RIGOBERTO MARTÍNEZ ESCÁRCEGA**

PREMIO BELLAS ARTES DE CRÓNICA LITERARIA  
“CARLOS MONTEMAYOR”  
2023

# 1

FICCIONES

## RETORNO INASIBLE

**RIGOBERTO MARTÍNEZ ESCÁRCEGA**

Entre 1966 y 1968, los sobrevivientes del asalto al cuartel de Ciudad Madera realizaron una serie de ofensivas contra el gobierno con el objetivo de continuar la lucha del comando guerrillero dirigido por Arturo Gámiz. Son estos hechos los que, a casi 60 años de acontecidos, Rigoberto Martínez Escárcega recrea en su crónica literaria *Retorno inasible*. ¿Qué pensaban aquellos jóvenes? ¿Qué decían? ¿Cuál era su forma de ser? ¿Cuáles eran sus deseos y anhelos? El autor reconstruye los hechos de un suceso histórico que debe rescatarse para formar parte de la memoria de la lucha en América Latina.

Rigoberto Martínez Escárcega (Chihuahua, México, 1975). Doctor en educación por la Universidad de Tijuana. Docente de tiempo completo en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Director del Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico (CELAPEC). Miembro del Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE). Miembro de la Asociación Filosófica de México (AFM). Ha publicado entre otros libros: *Educación, poder y resistencia* (2005); *La epistemología rupturista* (2011); *Marx y el incisivo problema de la enajenación* (2013); *Domina- ción y resistencia* (2015); *Batman y la lucha de clases* (2016); *Pedagogía rupturista* (2021); *Capitalismo o sobrevivencia* (2022); y *El irresistible objeto del poder* (2023).

PREMIO BELLAS ARTES  
DE CRÓNICA LITERARIA  
CARLOS MONTEMAYOR 2023

## **Retorno inasible**

FICCIONES

El Premio Bellas Artes de Crónica Literaria Carlos Montemayor 2023 fue otorgado a *Retorno Inasible* de Rigoberto Martínez Escárcega, por la Secretaría de Cultura y el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, a través de la Coordinación Nacional de Literatura, y el gobierno del estado de Chihuahua, por medio de su Secretaría de Cultura. El jurado estuvo integrado por Myrna Pastrana, Magali Tercero y Enrique Escalona.

# Retorno inasible

Rigoberto Martínez Escárcega



Segunda edición 2025.

© Rigoberto Martínez Escárcega  
© Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico  
Ciudad Juárez, Chih., México.  
editorial@celapec.edu.mx

**ISBN 978-607-26654-4-6**

**Número de registro: 03-2022-110911382500-01**

Reservados todos los derechos. Apoyamos la libre reproducción o transmisión total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluido fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento de información, siempre y cuando se realice sin fines de lucro o medro alguno.

Imagen y diseño de portada: Alejandra Torres León.

Disponible en formato electrónico en: [www.celapec.edu.mx](http://www.celapec.edu.mx)

## CRONOLOGÍA HISTÓRICA

El 9 de marzo de 1966, Ramón Mendoza Torres y Óscar González Eguiarte son detenidos en la ciudad de Chihuahua por resistirse al arresto y matar a un policía. Provenían de la Ciudad de México con una maleta en donde transportaban armas y balas. El objetivo era continuar la lucha del comando guerrillero caído en Ciudad Madera. Óscar permanece un año en la penitenciaría del estado y Ramón Mendoza es remitido a las Islas Marías.

El 3 de abril de 1966, Salvador Gaytán Aguirre, Juan Antonio Gaytán Aguirre y Guadalupe Scobell Gaytán descarrilan un tren en el ejido El Largo, en el municipio de Madera.

A finales de marzo de 1967, es liberado Óscar González Eguiarte de la prisión. Se reúne con sus compañeros de lucha y se remontan a la sierra de Chihuahua.

El 7 de agosto de 1967, el comando guerrillero, encabezado por Óscar González Eguiarte, ajusticia a Ramón Molina, uno de los caciques más sanguinarios de la región.

En diciembre de 1967, el comando guerrillero regresa a la ciudad con el propósito de reorganizarse y reclutar a más compañeros.

En abril de 1968, el comando guerrillero se remonta de nueva cuenta a la sierra. El grupo queda integrado por seis elementos: Óscar González Eguiarte, Guadalupe

Scobell Gaytán, Juan Antonio Gaytán Aguirre, Arturo Borboa Estrada, José Luis Guzmán Villa y Carlos David Armendáriz Ponce.

El 19 de junio de 1968, el comando guerrillero incendia el aserradero de la empresa *Maderas de Tutuaca* en el municipio de Tomóchic. Después del ataque al aserradero, el gobierno desplaza a miles de soldados de la quinta zona militar de Chihuahua y de la cuarta zona militar de Sonora en busca de los guerrilleros.

El 9 de agosto de 1968, el comando guerrillero derriba a un helicóptero militar en las inmediaciones de la población de Yoquivo, Chihuahua.

El 23 de agosto de 1968, el comando guerrillero fue interceptado por el ejército en una cañada denominada Mesa Larga, en las cercanías de la comunidad de Gosogachi del municipio de Uruachi, Chihuahua. En el enfrentamiento cae muerto Carlos David Armendáriz Ponce.

El 8 de septiembre de 1968, en las cercanías del poblado de Tesopaco, Sonora, José Luis Guzmán decide salir a un camino y solicitar ayuda. Le hace el alto a un camión desconocido. En el vehículo viajan una partida de soldados que andaba en busca de los guerrilleros. José Luis Guzmán es acribillado de inmediato por los soldados.

El 9 de septiembre de 1968, Óscar González Eguiarte y Arturo Borboa son localizados, encarcelados y torturados por integrantes del Ejército nacional. Ese mismo día,

al anochecer, son fusilados y enterrados en una fosa común en el cementerio de Tesopaco.

El 11 de septiembre de 1968, Juan Antonio Gaytán y Guadalupe Scobell son detenidos y trasladados en costales al poblado de Tesopaco. Por la tarde, son fusilados y enterrados en una fosa común.

Cuando por fin lograron entrar en un sueño profundo, una voz cavernosa los despertó de sopetón. Un montón de fantasmas se habían arremolinado en la cuenca de los ojos. Llegaron a la ciudad de Chihuahua. Eran las dos de la mañana. La noche exhibía, majestuosa, su oscuridad. Viajaron durante más de veinticuatro horas desde la capital del país. Cargaban una maleta plateada con armas y cartuchos. La adrenalina los mantuvo despiertos durante casi todo el camino. Eligieron los asientos posteriores del camión para no despertar sospechas. Así que soportaron de forma estoica el olor soporífero que emanaba del sanitario. Después de tres paradas en restaurantes de paso, podían distinguir con claridad el olor de la mierda de cada pasajero. Los aterrizó una señora que se levantó en más de diez ocasiones a evacuar los intestinos. Lo que no pudo lograr la policía de la Ciudad de México lo consiguió la mujer a punta de pedos y ronquidos. Se rindieron frente a tanta inmundicia. El viaje se convirtió en un calvario. Una maldición les invocó el cansancio. Al final del trayecto le robaron a Morfeo un par de horas de sueño. La voz del chofer del camión de pasajeros los sorprendió desorientados y con la baba enredada en el cuello.

El objetivo central era continuar con la lucha de Ciudad Madera. El fantasma de la rebelión les acicateaba la

imaginación. Ramón Mendoza Torres y Óscar González Eguarte eran dos personajes disímbolos. Ramón Mendoza era un joven campesino acostumbrado a lidiar con la tierra y el ganado. En cambio, Óscar González era la imagen pura de un estudiante ciudadano. Ramón Mendoza vestía pantalón de mezclilla, camisa a cuadros y botas vaqueras. Óscar González portaba camisa lisa, mocasines y lentes de aumento. A simple vista parecían incompatibles. Sin embargo, su amistad estaba amalgamada por una afinidad ideológica inquebrantable. Se bajaron del autobús despabilándose el sueño. Intentaron abordar un taxi, pero andaban lánfirios. No encontraron un solo peso en los bolsillos.

—Oye, Óscar, mejor nos quedamos aquí en la central de camiones y esperamos a que amanezca. No vaya a ser la de malas y nos detenga la policía. Nos vamos a ver muy raros a mitad de la noche cargando una maleta tan grande, ¿no crees?

—No te preocupes. Vivo cerca de aquí. A buen paso, en unos veinte minutos estamos en mi casa. Tenemos muchas horas sin comer. Me muero de hambre.

—Pues, tú sabes. Tú eres el jefe.

Salieron de la central de autobuses con rumbo a la colonia Santo Niño. Unos dos kilómetros en línea recta los separaban del destino final. La noche se tragó los ruidos de la ciudad. Los perros deambulaban sobre los estertores de la inmundicia. Ramón Mendoza tenía un paso firme y rápido, acostumbrado a los caminos de la sierra. A pesar de que cargaba la maleta con las armas, llevaba

la delantera. En cambio, Óscar tenía un paso desparpajado y cansado producto de un pie plano imposible de disimular. Un ambiente sombrío se adueñó de la ciudad. La luna se vistió de luto. Las estrellas se cayeron del cielo. Cuando se disponían a cruzar el puente del canal que apresa al río Chuvíscar, una patrulla de la policía municipal les marcó el alto.

—¿Qué pasó, muchachos? ¿A dónde van? ¿Qué llevan en esa maleta? —preguntó un policía al mismo tiempo que les encandiló el rostro con una lámpara de mano.

—Vamos a nuestra casa. Somos estudiantes. Acabamos de llegar del D.F. —contestó Óscar.

—No tienen pinta de estudiantes. Más bien parecen unos ladrones. ¿Qué llevan en esa maleta? Tienen que enseñarnos la maleta —ordenó el policía.

—Aquí los únicos ladrones con uniforme son ustedes. Somos estudiantes de derecho y conocemos las leyes de este país. Según el artículo once de la Constitución todos los ciudadanos tenemos derecho a viajar y desplazarnos por el interior del territorio nacional, sin necesidad de identificación o salvoconducto alguno. Así que ustedes no pueden detenernos ni revisarnos porque están violando la ley —señaló Óscar.

—Así que muy leguleyos. Pues van a tener que acompañarnos a la comandancia de policía. Ahí averiguamos lo que quieran.

De pronto, se dejó sentir el olor a miseria que la ciudad había acumulado en sus entrañas. Los policías trasladaron a los incautos a los separos municipales.

Tomaron sus datos, las huellas digitales y unas fotografías de sus rostros. Les realizaron una revisión médica de rutina. La ficha policiaca señaló de forma lacónica: faltas a la autoridad. Después de interrogar a Ramón Mendoza y a Óscar González por más de dos horas, el agente encargado decidió dejarlos en libertad. El malentendido parecía llegar a su fin. La ciudad se despertaba de su letargo. Cuando se disponían a abandonar la comandancia de policía, las caprichosas circunstancias dieron un cambio abrupto.

—¿Ya nos podemos retirar? —preguntó Óscar.

—Sí. Quedan absueltos de la acusación —pero el comandante tenía olfato sensible, y la escena tan inocente le generó sospechas—. Sólo les pido que, antes de salir, me muestren lo que traen en la maleta.

—¡No! ¡Claro que no! Es una violación a nuestras garantías individuales, muy claro lo señala la Constitución —argumentó Óscar.

—¡Sargento! ¡Abra la maleta! ¡Pero ya! ¡En este preciso momento!

Cuando el sargento de policía se disponía a abrir la maleta plateada, Ramón Mendoza brincó como un tigre, se colocó junto al impertinente, introdujo la mano derecha en la maleta, tomó una pistola escuadra nueve milímetros, cortó cartucho y logró acertar un balazo en la frente del encargado de turno. Sorprendió al diablo. Los ocho policías que se encontraban presentes se tiraron al suelo. El tiempo, en un gesto de complicidad, aceleró su marcha. Óscar pasó flotando sobre los uniformados,

aseguró la maleta plateada y salió corriendo del lugar. La fuga de los detenidos resultaba inverosímil en medio de tantos policías.

Una vez en la calle, alejados varias cuadras de la comandancia de policía, Ramón y Óscar intercambiaron una mirada de interrogación. La ciudad recién amanecida les ofreció sus brazos protectores.

—¿Y ahora? ¿A dónde vamos? —preguntó Ramón Mendoza.

Se quedaron unos cuantos minutos en completo silencio. La sangre les hervía en el interior del cuerpo. La adrenalina parecía un caballo desbocado.

—Ya sé —dijo Óscar—. ¿Qué te parece si nos volvemos invisibles?

—Ahorita no estamos para esas bromas.

—Es en serio. Mira, vamos directo a mi casa. Los policías van a pensar que seríamos muy brutos si nos escondemos en el único lugar que ellos tienen localizado. Como no son tan brutos nos van a buscar en todas partes menos en el lugar más obvio. Nos escondemos en la mismísima boca del lobo para despistarlos. Nos hacemos invisibles frente a sus narices como en el cuento de *La carta robada* de Edgar Allan Poe.

—No me parece buena idea, pero si tú dices, pos vamos —dijo Ramón.

La policía salió a buscar a los prófugos amanecidos a la misma dirección que registraron en la ficha de ingreso en los separos municipales. La búsqueda inició en el escenario luminoso donde la lógica se despoja de sus

malabares. Los acontecimientos resultaron demasiado sencillos para ser ciertos. Los prófugos de la sinrazón encaminaron sus pasos al lugar donde se escucha cantar a la voz del abismo. Al brincar la barda que deslindaba el patio de la casa de Óscar González Eguiarte, percibieron que el lugar se encontraba rodeado de policías y judiciales. Un altavoz retumbó en las calles de la colonia Santo Niño.

—¡Salgan con las manos en alto! ¡Están rodeados!

—Oye, Óscar, ¿cómo se llama el autor de la historia que me contaste?

—¿Cuál historia?

—El cuento ese, el de la carta invisible.

—Es *La carta robada*, de Edgar Allan Poe.

—¡Ah! Mira, o los policías son muy cultos y leyeron a ese fulano que tú dices o aquí los brutos somos nosotros. El asunto es que ya nos jodimos. Tus cuentos nomás enredaron las cosas. Aquí te va lo que vamos a hacer. Si nos agarran, yo me echo toda la culpa pa' que tú sigas con la lucha allá en la sierra. Ora sí, ¡hazte a un lado! —ordenó Ramón Mendoza al mismo tiempo que desenfundó la pistola de la cintura.

—Yo maté al policía. Las armas de la maleta son mías. El muchacho que venía conmigo no sabía nada de esto. Lo conocí en la central de camiones de la Ciudad de México. Nos venimos juntos porque somos paisanos. Nada más. ¡Suéltelo! ¡Es inocente! —declaró una y mil veces Ramón Mendoza frente a sus torturadores.

Las voces eran las únicas habitantes de la penumbra. La luz del mundo se desterró de ese agujero. El horror humano se miró el rostro en el espejo de la ignominia. Ramón Mendoza Torres era interrogado en una celda de tortura. Se encontraba en los sótanos de la prisión estatal. El lugar era lúgubre y siniestro. El escenario principal estaba conformado por una plancha de cemento manchada con restos de sangre humana. La decoración de aquella caverna infernal estaba compuesta por un par de sillas metálicas y un juego de instrumentos de cirujano encima de una pequeña mesa de aluminio.

Lo visitó un militar vestido con uniforme planchado de forma impecable. El militar tomó una silla y se sentó frente al prisionero. Tenía un rostro inexpresivo.

—¡Desátenlo y denle un poco de agua! —ordenó el militar.

Dos soldados liberaron las manos de Ramón Mendoza. Las canillas supuraban sangre. Luego, acercaron

una jarra con agua y un vaso de peltre. El prisionero se mojó los labios.

—¿Qué? ¿A poco ya van a cambiar el método de interrogación? ¿Si no pudieron sacarme información por las malas ahora van a intentarlo por las buenas?

—Buenos días, señor Mendoza. Soy el general Solano Chagoya. Pertenezco a inteligencia militar. Estoy a cargo de investigar al grupo de insurrectos que atacó el cuartel en Ciudad Madera.

—¿Y yo qué tengo que ver en todo eso?

—Conmigo no tiene que hacerse el ingenuo. Sabemos que usted participó en el asalto al cuartel de Madera. Que estuvo en la primera línea al lado del profesor Arturo Gámiz. También sabemos que usted fue parte de aquellos gavilleros, junto con Salvador Gaytán, que andaban realizando acciones ilegales en la sierra. Incluso atacaron a un pelotón de soldados y dejaron tres muertos. Conocemos su historia. Tenemos identificada a su familia. Contamos, además, con la declaración de un joven que ustedes secuestraron, cerca de Arisiachi, un día antes del ataque al cuartel. También está el testimonio de un chofer de taxi que secuestraron en Gómez Palacio. Le conviene colaborar con nosotros. Lo tenemos bien identificado.

—Mire, mi general, si me conoce tanto como usted dice, ya debería saber que no voy a decirle nada. Prefiero, mil veces, que me quiten la vida que echar de cabeza a mis compañeros.

—Sí. Ya me lo imaginaba. Tengo una idea clara de su altura histórica. Es mi obligación informarle que, por los delitos que carga, seguramente le van a dar cadena perpetua. Si coopera con nosotros le podemos reducir la condena y a lo mejor puede salir todavía joven de la prisión.

—Máteme de una buena vez o si quiere condéneme en el infierno por toda la eternidad, pero no le voy a decir una sola palabra. Nomás quiero que le quede claro. Termine con los interrogatorios pendejos y haga lo que tenga que hacer.

La celda de tortura era sofocante. Un hilacho de luz rasguñaba la penumbra. El último soplo de aire puro se lo tragó el silencio. Un diablo travieso se robó las palabras. Unos ojos de lechuza triste acechaban al prisionero.

—¿Cómo lo han tratado, Ramón?

—Estos perros me golpearon hasta que les ardieron los puños. Me metieron la cabeza en agua y casi me ahogaron para que confesara no sé qué mentiras. Les dije que les preguntaran a mis huevos, y me tomaron la palabra. Me ataron a esa plancha de carnicero, me bajaron los pantalones, me vaciaron una cubeta con agua fría y me pusieron electricidad en los testículos.

—¿Tiene alguna herida de gravedad?

—Tengo dos heridas. Una en esta pierna y otra aquí en el pecho. Mire —dijo Ramón Mendoza al mismo tiempo que se descubrió la parte superior del cuerpo para mostrar un hematoma.

—Pero ¿qué le pasó? ¿Por qué tiene ese moretón?

—Me dieron un tiro, pero no sé qué pasó con la bala. No sé si la bala pegó en una costilla y se desvió. La cosa es que ya se está curando la herida y pa' su mala suerte sigo vivo y coleando.

—Mire nomás. Sí que es afortunado. No lo matan ni las balas que le pegan de frente. Es indestructible. ¿Pues qué ángel guardián lo andará protegiendo?

Los interlocutores se intercambiaron en silencio una mirada menos rípida.

—Mire, señor Mendoza, voy a ordenar que lo lleven a la enfermería y que le curen sus heridas. Le vamos a hacer un juicio y lo vamos a tratar como a un prisionero de guerra. Téngalo por seguro que, en otras circunstancias, para mí sería un honor luchar a su lado.

Un diablo travieso tejió un pequeño hilo de simpatía entre los dos personajes. Aunque eran enemigos, se vieron a la cara con respeto. Vaya usted a saber por qué, de pronto, se sintió un ambiente de confianza.

—Una última cosa. Cuénteme, ¿cómo fue que salió ileso de aquella lluvia de balas que le cayó por la espalda en Ciudad Madera?

—Pues, ¿qué le digo? Mire, ese día nos pusimos cada uno en nuestras posiciones. Era la madrugada del 23 de septiembre. Nos organizamos en tres grupos. Un grupo se puso en la Casa Redonda de los talleres del ferrocarril, a un lado del cuartel. Un segundo grupo se apostó del otro lado del cuartel, entre la iglesia y la escuela. Yo estaba con Arturo Gámiz y con Salomón Gaytán.

Nosotros nos parapetamos en el terraplén de las vías del tren. La señal pa' empezar el ataque era quebrar de un balazo el foco que aluzaba afuera de las barracas. Gámiz me dio la orden. Sentí en mi oído el viento de la madrugada. Apunté mi rifle y atiné en el blanco. Después se escuchó un montón de balazos. En los primeros veinte minutos teníamos ganada la batalla. Y, de repente, apareció un pelotón de soldados disparando a nuestra espalda. Aquello se volvió un infierno. Vi cómo cayeron mis compañeros. Cuando ya todo estaba perdido, a lo lejos apareció una luz que me encandiló. No podía ver qué estaba pasando. En eso, que escucho el pito del tren. Pos, me pegué a una rueda de la máquina para cubrirme de las balas. Unos doscientos metros más adelante brinqué las vías y agarré camino pal bosque. Pero después regresé por otro lado pa' continuar con la batalla y, pues, pa' salvar a mis compañeros. Pero, pues, esa ya es otra historia —narró Ramón Mendoza y volvió a tomar un trago de agua para saborear el juicio inapelable de la historia. Entre tanto, el general Chagoya lo miraba intentando disimular su asombro—. Así fue como me escapé del infierno, aunque parezca película de vaqueros.

—No, pues, no hay duda de que es una persona afortunada. Mire que salir ileso de ese torbellino de balas, es imposible de creer. Y ahora resulta que le dan un balazo en el pecho y no le pasa nada. Yo ya no sé si usted es una persona de carne y hueso o la sombra de un fantasma que nos está tomando el pelo.

Una sonrisa suspicaz se escapó del rostro cansado de Ramón Mendoza.

—Oiga, general, y ya que estamos en confianza, dígame, ¿cuántos soldados cayeron muertos ese día?

—Pues el informe oficial dice que se enterraron a cinco soldados en el panteón de Ciudad Madera.

Una sonrisa incrédula se escapó de entre los labios de Ramón Mendoza.

—A mí no me venga con esa tontería. A otros burros con esas mazorcas. Usted bien sabe que cargaron dos vagones del tren repletos de puros muertitos. ¡Por favor! Yo solito me puedo adjudicar por lo menos diez bajas del enemigo.

—Eso es algo que no le puedo decir. Es una información clasificada. La verdad se la va a tragar el silencio.

El frío peina el pelo cano de las montañas. Las estrellas vanidosas se miran el rostro en la cobija de hielo con la que se arroja el agua mansa de los ríos. Un viento de candelilla congela las palabras antes de ser pronunciadas. El lucero de la mañana arrea a la madrugada.

Un frío denso quema el rostro taciturno de la luna como si fuera lumbre del infierno.

Los primeros rayos de sol espantan a las sombras de la noche. Un escalofrío recorre la espalda desnuda de los cerros. El cielo encapotado escupe copos de nieve. La sierra traspira un vaho inconfundible de insurrección.

Salvador Gaytán, Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell se instalaron en el corazón de la montaña con el propósito de desarmar las vías del tren. Era de madrugada. El frío mostraba una cólera implacable. Se armaron de un par de barretas, unos cinceles de picapedrero y un marro de fogonero. La luna les sonreía coqueta sobre la cima de los cerros.

—Oye, compadre, ¿cómo le hacemos para desarmar las vías? —preguntó Lupito Scobell frente a una tarea desconocida.

—Hay que quitar los pernos del durmiente en donde se unen las vías. Los sacamos un poco con el cincel y luego los zafamos con una barra. No es tan difícil, ya

verás. Trae pa'cá —indicó Salvador Gaytán al mismo tiempo que empezó a desmontar las vías del tren.

—Bueno, ¿y por qué no le metemos un cartucho de dinamita y nos dejamos de tanto argüende?

—Cómo serás bruto, Juanito, con el ruido de la explosión despertamos a todo el pueblo. ¡Órale! Ustedes quiten los pernos del otro lado.

—Lo bueno es que con estos marrazos se nos va a quitar el frío —agregó Lupito Scobell.

—Ya estamos en abril y al frío no se le ve la orilla —comentó Juan Antonio Gaytán un tanto desesperado por el vaho gélido de la montaña.

—Por estas tierras nada más hay dos estaciones al año —dijo Lupito Scobell.

—¡Ah!, ¿sí?, ¿y cuáles son? —preguntó Juan Antonio Gaytán.

—Pues, la estación de invierno y la estación del tren. No hay de otra.

—¡Ah, qué carajo! Tú siempre sales con una ocurrencia. A ver, pásame la barra, este perno ya casi sale.

—Esto de andar desmontando las vías del tren a punta de martillo y cincel no se crean que es cosa fácil. Siempre nos dejan las tareas más ingratas —comentó Salvador Gaytán.

—Oigan y, a propósito de tareas ingratas, ¿cómo fue que nunca llegaron con las armas al pueblo de Arisiachi? —preguntó Lupito Scobell, picando una herida abierta en lo más profundo del orgullo.

—¿Cómo que nunca llegamos a Arisiachi? No seas hablador. Cuando nosotros llegamos ustedes ya se habían ido.

—Pues, pa'l caso, da lo mismo. Quedamos que el 18 de septiembre nos íbamos a ver en Arisiachi. Nosotros los esperamos un día más, pero no llegaron.

—Pues es que estaban los ríos crecidos. No estaba fácil la tarea —agregó Juan Antonio Gaytán.

—¿Por qué no se adelantó uno de ustedes pa' que nos diera el aviso de que venían en camino? Nosotros pensamos que los habían agarrado los soldados, que el gobierno ya sabía del ataque y que la tropa venía por nosotros. Por eso tuvimos que acelerar las cosas.

—Pues eso mismo pensamos nosotros. Juan Antonio se adelantó a dar el aviso de que ya veníamos en camino, y pa' pedir que mandaran ayuda, pero en eso nos encontró un campesino de allá mismo de Arisiachi y nos dijo que iba pa' allá. No, pues, nos quedamos pensando que ya sabían que íbamos con retraso y que nos estaban esperando. Cuál va siendo la sorpresa que, cuando llegamos al pueblo, ustedes ya estaban echando bala a los peones. Nos quedamos nomás vestidos y alborotados.

—Les mandamos un campesino pa' que los encontrara o pa' que averiguara qué había pasado con ustedes, pero nunca llegó. Nos quedamos igual o peor. ¡Ay, cabrón! —gritó de pronto Lupito Scobell y soltó el cincel.

—¿Qué pasó, pelado?

—Me machuqué el dedo por estar en la platicada. ¡Ah, qué carajos!

—¡Ah!, ¡cómo serás ñango! A ver, hazte pa' un lado —indicó Juan Antonio Gaytán y continuó con el trabajo.

—Miren, ya saqué los pernos del durmiente. Ayúdenme a zafar el riel con las dos barras.

La luna jugueteaba con las sombras en medio de la noche. Un olor a tierra mojada de pronto empezó a revolotear sobre los pinos. El bosque contemplaba, perplejo, el movimiento de los guerrilleros.

—Bueno, bueno, pero ¿por qué duraron tantos días caminando por la sierra? —volvió a preguntar Lupito Scobell.

—Pues, la tarea no estaba nada fácil. Y, luego, sin centavos la cosa se puso del carajo. Cuéntale tú, Juanito, cómo nos fue en el pueblo.

—Pues mira, llegamos a Dolores por Sonora. En el pueblo no encontramos ayuda. Fuimos con los hermanos Yáñez, pero no estaban. Luego, buscamos a Manuel Ríos y tenía enferma a la esposa. Al final, dos indígenas pimas nos ayudaron con la carga. Pusimos las armas en unas mulas. Los compas nos acompañaron hasta la mitad del camino. De ahí pa' delante nos la tuvimos que ver nosotros solos. La lluvia no dio tregua. Los arroyos estaban crecidos. No, pues, en una pasada casi nos arrastra la corriente. No había cómo apurar el paso. La carga estaba pesada. Las mulas caminaban muy despacio. Y, luego, también había que cuidarse de los soldados. En una ocasión tuvimos que hacer un rodeo pa' no toparnos con gente en los caminos. Era puro subir y bajar lomas.

Tú ya te la sabes, pues qué te voy a contar de eso. Y pa' acabarla de fregar, a los muy brutos se nos acabaron las provisiones. Al tercer día de camino tuvimos que aper-sogar las mulas y salir de cacería. Puros contratiempos. Cuando vimos que nomás no llegábamos a Arisiachi, acordamos que yo me adelantaría pa' dar aviso. Pues ahí tienes que apenas caminé un trecho cuando me topé al campesino que ustedes mandaron a buscarnos. Lueguito nos encontramos con Salvador. Hasta le dimos tantita carne de la que yo traiba en el morral. No, pues, nos pusimos muy contentos. Pensamos que nos estaban esperando. Así fue la cosa.

—Bueno, ¿y qué pasó con ese pelado que fue a encontrarnos?

—¡Sepa la bola! Ya no lo volvimos a ver. Se habrá perdido o lo habrán agarrado los soldados. El diablo sabrá.

—¡Ya estuvo! Vamos a jalar el riel pa' este lado, y con eso tenemos pa' desbarrancar al gusano.

Los tres insurrectos se afanaron durante el resto de la noche en descarrilar el curso de la historia. El frío de la montaña se volvió su cómplice. Las ansias redentoras calentaron el torbellino de sangre que circulaba dentro de las venas.

—Por aquí no pasan ni las patas de mula. Ya está despuntando el sol. Vámonos pa' el cargadero. Ahora viene lo mero bueno —indicó Salvador Gaytán con el ánimo sobresaltado.

Tras la colina se asomaron, tímidos, los primeros rayos de sol. Esa mañana la temperatura marcó en el termómetro menos siete grados centígrados. No se veía por ningún lado el rostro alegre de la primavera. Las oficinas centrales de la empresa Bosques de Chihuahua se encontraban en la Mesa del Huracán, un pueblo maderero ubicado en lo más alto de la sierra. Un tren armado con treinta y un vagones, movidos por tres máquinas, se disponía a partir. Era una bestia de hierro en las entrañas de la sierra. Los vagones estaban cargados de madera. La riqueza del bosque era absorbida por el vampiro insaciable del imperialismo.

Salvador Gaytán estaba al mando del grupo de guerrilleros. Este sería el primer ataque después del asalto al cuartel en Ciudad Madera. Se encontraban listos para entrar en acción. Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell tenían la tarea de rociar con gasolina la carga de los vagones. El reloj de pulsera marcó las seis de la mañana. La madrugada insurrecta acarició los sueños de los guerrilleros. Inició el ataque intimidando al maquinista a punta de bala.

Los acontecimientos se desarrollaron mejor de lo que se habían planeado. Cuando sonaron los primeros balazos, la máquina arrancó con toda la potencia. La carga de algunos vagones empezó a incendiarse. El tren poco a poco aumentó la velocidad. Salvador Gaytán siguió disparando. El maquinista ordenó a sus ayudantes que sofocaran el fuego con extintores.

El tren tomó una bajada. Después de bordear una colina, las vías se encontraban fuera de lugar. Era imposible detener tanto peso a esa velocidad. Las máquinas salieron volando y se descarriló el tren. Se escuchó el ruido de la bestia de hierro. Era apenas una pequeña herida al capitalismo.

Dejaron una manta con letras de color rojo en las instalaciones de la empresa Bosques de Chihuahua. Es probable que la manta dijera algo así como: “Mueran los explotadores del bosque”, o algo por el estilo. También hacía alusión a los presos políticos, sobre todo por el encarcelamiento de Óscar González y Ramón Mendoza. No dejaron pasar la oportunidad para estampar su firma con un mensaje irónico: “Atentamente: los caídos en Ciudad Madera”.

El tiempo avanzaba a paso lento. Las estrellas recostadas sobre el infinito se miraban más lejanas. Las nubes, enteleridas, dormían el sueño de los justos sobre las colinas. Los insurrectos se armaron de paciencia. Esperaron varios días. Se apostaron a las afueras del rancho principal de Ramón Molina. El grupo estaba compuesto por seis personas: Óscar González Eguiarte, Salvador y Juan Antonio Gaytán, Lupito Scobell y dos indígenas pimas de cuyos nombres los historiadores racistas no proporcionan dato alguno. Ya habrá oportunidad en otra ocasión de contar esta misma historia desde la mirada de los pueblos originarios. Bueno, seguimos. El cacique tenía asoladas a las comunidades indígenas. Se turnaron para hacer guardia. Estaban seguros de que la presa, tarde o temprano, bajaría a reconocer sus dominios.

Organizaron tres rondas. Primero vigilaban Juan Antonio y Salvador Gaytán. Luego, venía el turno para Lupito Scobell y Óscar González Eguiarte. La tercera ronda la cubrían los dos jóvenes pimas que se unieron al grupo. Nadie notó su presencia. En dos ocasiones estuvieron a punto de ser descubiertos por los trabajadores del rancho. Despistaron a los incautos imitando el aullido de un coyote.

—Oye, Óscar, ¿qué habrá pasado con Ramón Mendoza? Yo pensé que iban a salir juntos de la cárcel —preguntó Lupito Scobell.

—A Ramón le fincaron varios delitos graves. Además de la muerte del policía, lo implicaron en el asalto al cuartel en Madera. Le dieron cadena perpetua y lo mandaron a las Islas Mariás. De ahí nadie se ha escapado. Imagínate, está rodeado de puros tiburones.

—Oye, ¿y tú cuánto tiempo pasaste en la cárcel?

—A mí me soltaron al año. Ramón me deslindó de la muerte del policía en la ciudad de Chihuahua. Así que nomás me acusaron de posesión de armamento de uso exclusivo del ejército. No me pudieron implicar en ningún otro delito. A Ramón de segurito lo torturaron más allá de lo sufrible, pero nunca denunció a nadie. Ese compa se comportó con el honor de un guerrillero.

—Pa' qué es más que la verdad, Ramón nunca raja leña —comentó Lupito Scobell.

Era su día. Nadie lo podía evitar. Ramón Molina llegó al rancho escoltado por un grupo de guardaespaldas. Eran dos vehículos. Se estacionaron frente a la casa. Los matones a sueldo descendieron de la troca. Le abrieron la puerta de forma servil al patrón. De pronto, se oyó un grito que hizo eco en la montaña:

—¡Ramón Molina! ¡Levanta las manos! ¡Somos la justicia del pueblo!

Dos guardaespaldas intentaron desenfundar sus pistolas. Fueron abatidos por una bala en la frente. Era más que evidente. La lucha que el cacique emprendió contra

los campesinos estaba perdida. En esta ocasión no le perdonarían la vida. Le realizaron un juicio sumario. Se nombró un tribunal. Al cacique se le dio la oportunidad de responder a sus acusaciones.

—Ramón Molina: se te acusa de hostigar, robar y asesinar a campesinos. Se te acusa de ser el fundador de la compañía Los Cuatro Amigos, que se ha dedicado a robar ganado. Se te acusa de ser el autor intelectual de decenas de asesinatos de campesinos inocentes que se negaron a que les robaras sus propiedades. Se te acusa de incendiar casas y expulsar a los indígenas pimas de su territorio. Se te acusa de tener un régimen de servidumbre en tu rancho, con trabajos forzados, tienda de raya y derecho de pernada. Se te acusa de talar el bosque nomás para llenarte las bolsas de dinero. Se te acusa de contratar mercenarios para asesinar a los líderes campesinos. ¿Tienes algo que argumentar a tu favor? —preguntó Óscar González Eguiarte en calidad de presidente del jurado.

—¡No me maten, por favor! ¡Se los pido, por lo que más quieran! Tengo una esposa y muchos hijos. Les pido una poca de compasión —fue el argumento que esgrimió el acusado a su favor colocado de rodillas en el piso.

—Este tribunal revolucionario te condena a muerte por fusilamiento para escarnio de los demás caciques de la región.

Nueve armas en total, entre fusiles y pistolas, y el prestigio adquirido, fue el saldo de la batalla. Expropiaron las pertenencias que encontraron en el rancho.

Distribuyeron un montón de reses entre los pimas. La justicia revolucionaria fue generosa con los marginados de la tierra.

El mes de agosto llenó de algarabía sus pasos. Bautizaron la acción con el nombre de Antonio Scobell. El resurgimiento de la guerrilla era un hecho consumado. Aquellos muertos de siempre volvieron a cabalgar en la montaña.

Era una noche de luna llena. El cielo estaba estrellado. La galaxia seducía la mirada. La sierra de Tomóchic conspiraba con los guerrilleros. Se reunieron alrededor de la fogata. Cinco muchachos descansaban sentados sobre el suelo. Tres campesinos se mantenían en cuclillas cuidando el caldo de cecina de venado que se cocía a fuego lento. José Luis Guzmán se recargó sobre un pino apartado unos cuantos metros de los demás compañeros. Óscar González Eguiarte se sentó sobre una piedra cerca de la fogata en busca de un destello de luz. Era el momento de enfrentar a los fantasmas que rondaban la antorcha encendida el 23 de septiembre en Ciudad Madera.

—A ver, vamos a hacer un balance. Tenemos dos semanas que regresamos de la ciudad. Necesitamos saber con quién contamos en el frente guerrillero. Llegó la hora de pasar a la ofensiva —dijo Óscar González Eguiarte en voz alta para que escucharan los compañeros.

—Sería bueno poner en claro los errores que cometimos. Eso nos va a ayudar en la lucha que sigue —dijo José Luis Guzmán a manera de propuesta.

—Pues, ¿qué fue lo que pasó? Esperamos un día más a los que venían con las armas y nunca llegaron. Les mandamos un enlace para que diera con ustedes, pero no regresó. Pensamos que los habían emboscado. Eso

fue lo que aceleró la decisión. Dimos por supuesto que a esas alturas el ejército ya venía por nosotros. Así que mejor preferimos tomarlos por sorpresa. A final de cuentas, los sorprendidos fuimos nosotros. Alguien nos había delatado y nos cayó por la espalda un pelotón de más de cien soldados —comentó Lupito Scobell.

—El delator fue Cárdenas Barajas, el militar retirado que nos entrenó allá en México. El enemigo se nos metió a las tripas —señaló Juan Antonio Gaytán.

—Juan Antonio y un servidor recogimos las armas en el buzón que está en Dolores. Dos indígenas pimas nos prestaron sus mulas y nos ayudaron con la carga. Pero la crecida de los ríos nos retrasó. Los indígenas se devolvieron a mitad del camino. Nos quedamos solos. Pusimos todo para llegar a tiempo a Arisiachi. Le dije a Juan Antonio que se adelantara pa' que le avisara a los demás que íbamos tarde. Pero en eso nos encontró el mensajero que mandaron. Nos quedamos muy tranquilos pensando que ya les habían llegado noticias nuestras y que nos estaban esperando. Parece que ese mensajero perdió el camino de regreso o no sé qué pasó. Imaginen la sorpresa cuando llegamos a Arisiachi y ya se habían ido sin nosotros —aclaró Salvador Gaytán.

Óscar González Eguiarte escuchó atento el relato de su compañero. Afirmó con la cabeza y, antes de emitir palabra, un suspiro se escapó de sus entrañas.

—Podríamos decir que hubo varios errores de táctica militar. Primero, la comisión que traía las mejores armas no llegó el día que acordamos. Segundo, los cuadros

urbanos que tenían que explorar el lugar y recabar información se fueron sin aviso. Tercero, se nos infiltró el enemigo en el mero corazón de la organización. Cuarto, descuidamos la retaguardia, por eso el pelotón de soldados que atacó por la espalda nos tomó por sorpresa. Quinto, la dilación en la orden de retirada. Tenemos que aprender de estos errores para mejorar nuestra fuerza de combate.

—Hay que ser más cuidadosos en el reclutamiento. No se puede volver a colar el enemigo a la organización porque nos aniquila —señaló José Luis Guzmán.

—A propósito del reclutamiento, vamos a hacer algunos cambios en el reglamento de la guerrilla —indicó Óscar González Eguiarte—. Propongo que nombremos a Salvador Gaytán como enlace de la organización a nivel nacional. Miren, les voy a ser sincero, es difícil que Jesús María Casavantes, Juan Güereca y Joel de la Paz se adapten a la vida guerrillera. Mejor que se regresen a la ciudad. Jesús Casavantes se queda como responsable de la red urbana.

—Oye, Óscar, pero sólo nos vamos a quedar seis guerrilleros en la sierra. Yo propongo que les demos otra oportunidad a los compañeros —intervino Carlos Armendáriz.

—Es inútil. Los compas tienen mucha disposición y buena formación ideológica, pero no son buenos prospectos para la lucha guerrillera. Casavantes ya hace tiempo que solicitó su baja del comando guerrillero. Los otros dos compañeros no tienen ninguna posibilidad.

Por eso nos retrasamos. Recuerden que una tropa marcha al ritmo del más lento. Estos compañeros nos quitan la capacidad de movimiento. Debemos tomar decisiones estratégicas.

Los gritos de la montaña celebraron el encuentro de los jóvenes guerrilleros. La oscuridad de la noche se comprometió a cuidar, sigilosa, los pasos de sus hijos insurrectos. Sellaron el acuerdo con la complicidad de un silencio.

—Entonces, ¿quiénes nos quedamos en el comando guerrillero? —preguntó Carlos Armendáriz.

—Yo me quedo al mando. El comando guerrillero queda integrado por José Luis, Carlos, Arturo y, por supuesto, Juan Antonio y Lupito. Salvador se queda como enlace nacional. Casavantes se hace cargo de las redes urbanas. Digamos que tenemos un comando guerrillero consolidado y listo para atacar.

—Oye, Óscar, yo quisiera quedarme en la sierra. Aquí con ustedes. Conozco el terreno y a los campesinos de los pueblos que son nuestros contactos.

—No, Salvador, tú eres la persona más identificada por el gobierno. Acuérdate que los hijos de los caciques le pusieron precio a tu cabeza. Nosotros somos menos conocidos en la sierra. Podemos pasar desapercibidos entre los pueblos. Mejor vete pa'l sur del país. Allá necesitamos a alguien fuera de la zona de combate para que nos proteja.

—Oigan, compas, este caldo ya se coció —dijo Lupito Scobell con una venda que le cubría una herida en la cabeza.

Unas nubes desolotadas arman una fiesta en el cielo. El día se viste de sombras. Una ráfaga de aire fresco se traga al calor de un bocado. Unas tímidas gotas de agua bajan a besar el suelo. Un olor penetrante de mujer en celo nace de la tierra mojada. Unos goterones, gordos de tantas ganas acumuladas, empiezan a brincar y a echar marmomas de cirquero.

La lluvia se abraza del viento. A las nubes se les escurre el pellejo.

Las flores celebran con cantos alegres la llegada tan esperada de la temporada de aguas. Los charcos contentos brillan como estrellas en la madrugada. Sale a bailar el corazón alborotado de la Madre Tierra. La alegría se adueña del mundo.

De pronto, un aire malhora sale de no sé dónde y se lleva de un empujón a las nubes. Un vapor siniestro empieza a rondar sobre el suelo. La soberbia de un calor impetuoso se apronta sin permiso.

El nuevo comando guerrillero se organizó en dos grupos para reconocer el terreno. Planearon con cuidado la estrategia de retirada. El objetivo era atacar un aserradero propiedad de la empresa *Maderas de Tutuaca*. Arribaron al lugar antes del amanecer. El cielo nublado entristeció la oscuridad. Esperaron varios minutos para que

aclarara un poco. La acción inició a las seis en punto de la mañana.

José Luis Guzmán ocupó el puesto de centinela. Se colocó en la cima de una colina. Su ubicación le permitía observar todas las casas del pueblo.

Juan Antonio Gaytán, Lupito Scobell y Óscar González Eguiarte debían neutralizar al guardia. Avanzaron con sigilo hacia el puesto de vigilancia. Los suspiros del amanecer les seguían los pasos. El local estaba vacío. Luego, se dirigieron a la oficina de la empresa. Encontraron la puerta cerrada y asegurada. Por las ventanas, observaron el interior del local. Las cosas del mundo parecían dormidas. Confirmaron que ninguna persona estuviera presente. Juan Antonio Gaytán se quedó vigilando el lugar.

Lupito Scobell y Óscar González Eguiarte se dirigieron a unas cabañas que estaban ubicadas al lado de las oficinas. Un olor tenue a café y canela les acarició la imaginación. El guardia disfrutaba de un sueño profundo. Óscar abrió la puerta con una patada. El guardia despertó de forma abrupta.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

El guardia quiso reaccionar. Óscar le apuntó a la cabeza con un arma.

—¡Ni se te ocurra moverte porque ya estás muerto!

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —preguntó el guardia.

—Somos la justicia del pueblo. Tranquilo —aclaró Óscar González Eguiarte.

—No tengo nada. No traigo ni un peso en la bolsa. Si quieren me pueden esculcar. Llévense lo que encuentren. Esto que ven es todo lo que hay.

—No somos ladrones. No venimos por dinero.

—Entonces, ¿qué quieren?, ¿qué hacen aquí?

—Vamos a hacer justicia. Defendemos a los trabajadores.

—Yo no hice nada. Soy inocente. Yo nomás cuido este lugar.

—Sí, ya sabemos. ¿Dónde está el oficinista del aserradero?

—En su casa. Vive aquí cerquita, a la entrada del pueblo. Sí quieren los puedo llevar.

—¿Quién más está en el aserradero? ¿No me digas que tú eres la única persona que cuida el lugar?

—Aquí en la cabaña de al lado están otros dos compañeros. Al rato llegan los demás trabajadores.

Decomisaron una pistola Mauser y una caja de balas. Le ordenaron al guardia que los llevara con los encargados de la empresa. En una cabaña contigua aprehendieron al almacenista y al chofer del aserradero. Una oscuridad parda protegía los pasos de los guerrilleros.

—¡Manos arriba, señores! ¡Somos la justicia del pueblo!

—Tranquilos. No estamos armados —señaló el almacenista.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes? —preguntó el chofer.

—Vamos a incendiar el aserradero. Si cooperan, no tiene por qué haber heridos —indicó Óscar.

—Nosotros nomás somos trabajadores. No le hacemos daño a nadie —aclaró el almacenista.

—No se preocupen, no les va a pasar nada.

Lupito Scobell inmovilizó a los incautos con una sogá y se quedó a vigilarlos. Un hilo invisible de complicidad empezó a enredar los acontecimientos.

Óscar se dirigió a la entrada del pueblo en busca del oficinista de la empresa. Una jauría lo estaba esperando. Los ladridos despertaron a los vecinos. Era una casa pintada de azul cielo con un jardín espacioso y bien cuidado. Se notaba a leguas una mano afanosa rondando ese rincón apartado del mundo. El dueño de la casa salió a recibir a los visitantes madrugadores. Óscar González Eguiarte con su fusil entre las manos tenía amagado al guardia del aserradero.

—Buenos días, señores. ¿En qué les puedo ayudar?

—Somos guerrilleros. Vamos a incendiar el aserradero. Si usted coopera nadie saldrá herido.

—Es que nosotros nomás somos empleados. No tenemos vela en el entierro. No queremos problemas.

—Ya sabemos. No se preocupe. Vamos a incendiar el aserradero con dinamita. Ayúdenos a sacar a la gente del pueblo.

—Seguro. Deje nomás termino de vestirme. Me agarraron a medio sueño.

Un ventarrón extraviado de la historia despertó esa mañana al pueblo de Tomóchic. El cielo nublado se

despejó un momento para permitir que el sol indiscreto acariciara a los insurrectos con su mirada. Los habitantes del lugar, sorprendidos, se reunieron a las afueras de la empresa.

—No se preocupen. No tienen nada que temer. Somos la justicia del pueblo. No queremos lastimar a nadie. Vamos a dinamitar todo esto. Retírense de aquí — advirtió Óscar González Eguiarte a los habitantes de Tomóchic.

Mientras tanto, Arturo Borboa y Carlos Armendáriz colocaron dinamita en la maquinaria del aserradero.

—Ya está listo, Óscar. Cuando tú digas —informó Carlos Armendáriz.

Se encendió la mecha de los bombillos de dinamita. Los vecinos del pueblo se tiraron al suelo y se cubrieron los oídos para protegerse de la explosión. Pasaron varios minutos y no se escuchó ningún ruido. Un nudo de miradas nerviosas enredaba a los jóvenes subversivos. Maniobraban en presencia de un grupo numeroso de espectadores.

—¡Bañen todo con gasolina y préndanle fuego! —les gritó Óscar a sus compañeros.

Aprovecharon la oportunidad para arengar a los habitantes del pueblo. Repartieron un mensaje escrito en papel mimeografiado. El mensaje decía algo así como que esa acción era la continuación del ataque al cuartel en Ciudad Madera. De seguro contenía una serie de anatemas contra el gobierno. “Nada detendrá a los torbellinos de justicia. Nada vencerá a la rabia y a la dignidad

del pueblo. Nada ni nadie podrá detener el curso insurrecto de la historia”. Algo por el estilo. No podía faltar una firma emblemática: “Vencer o morir. Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz”.

El fuego se volvió una tormenta implacable. La acción se realizó sin disparar un solo tiro. A este golpe lo denominaron “Miguel Quiñónez”. Estaban en las lluvias de julio. Se internaron en la montaña. En las cenizas quedaron dibujadas las huellas indelebles de la historia.

El vapor de la lluvia se levanta del suelo atraído por las nubes. El calor permanece dormido, sumido en la modorra de mediodía. Las mariposas coquetas revolotean seducidas por el aroma que expiden las flores de la pradera. Un arcoíris, en el fondo del cielo, estira sus piernas flacas para jugar con las nubes. Hay todavía un olor fresco a mañana en los charcos recién amanecidos que formó la lluvia.

Los poblados de la sierra estaban enredados en una madeja de veredas. Los jóvenes guerrilleros caminaban alejados de los caminos. Eran unos fantasmas. Tras sus pasos se formó una estela de rumores y leyendas. El ruido de un helicóptero se escuchó a lo lejos.

Estaban exhaustos. Arrastraban del día anterior una marcha de más de doce horas. Juan Antonio Gaytán y José Luis Guzmán salieron a explorar el terreno. Era necesario salir de la zona sin ser percibidos por el enemigo. El sol apresuró sus pasos sobre las montañas. Los demás guerrilleros esperaron a los compañeros bajo la sombra de los pinos. Un helicóptero se acercó de forma sorpresiva. Cabestrearón los caballos hacia el arroyo para evitar ser descubiertos. Ataron a los animales en una enramada. El helicóptero merodeó el lugar a ras de tierra. Era evidente que habían sido descubiertos.

—Ya nos vieron. Van a bajar del helicóptero. No hay de otra. Hay que jugarse el todo por el todo. Los cercamos y los aniquilamos.

—Oye, Óscar, se me hace muy arrebatado el ataque —comentó Lupito Scobell.

—No tenemos de otra. Ya nos vieron —dijo Óscar González.

—No estamos seguros de que nos vieron. Lo único seguro es que, si le buscamos ruido al panal de abejas, al ratito nos va a caer el enjambre de soldados —argumentó Lupito Scobell.

—¿Qué hacemos? Ya nos vieron. De cualquier forma, ya nos tienen localizados —contraargumentó Óscar González.

—Estamos en tierras desconocidas. Ahorita, un enfrentamiento con el ejército nos agarra con los pantalones abajo —agregó Lupito Scobell.

—Van a intentar liquidarnos. Hay que actuar rápido y con determinación. Esa es nuestra única posibilidad de salir vivos —comentó Óscar González en un intento por dar fin a la discusión.

—Hay que tomar en cuenta que no contamos con el apoyo de los campesinos. Así que vamos a enfrentar al enjambre de soldados nosotros solos —agregó Lupito Scobell.

—Necesitamos atacar y movernos rápido. El enfrentamiento con el ejército era inevitable. Tarde o temprano tenía que pasar. ¡Órale, compas! A darle que no hay de

otra —dijo Óscar González dando por concluida la discusión.

Lupito Scobell, Arturo Borboa y Óscar González corrieron entre los pinos para observar de cerca al enemigo. El ruido del helicóptero sofocó el murmullo de los pinos. Bajaron del aparato volador un militar y un campesino. El campesino era nada más y nada menos que Nepomuceno Parra, el presidente municipal de Yoquivo, un cacique protegido del gobierno que tenía asolada a la región. Óscar les pidió a los compañeros que se acercaran para coordinar la acción.

—Miren, Lupito y yo vamos a faldear la colina para colocarnos cerca del helicóptero y poder iniciar el ataque. Arturo y Carlos se quedan detrás de nosotros para que nos cubran la retirada. Qué lástima que no estén José Luis y Juan Antonio para reforzarnos. ¡Vamos!

La sombra de los jóvenes guerrilleros se movía protegida por el viento. Un rugido de puma se ocultó, sigiloso, tras el follaje de los pinos. Lupito Scobell y Óscar González iniciaron el ataque. Lupito hizo sonar su 30.06 y Óscar su M-2. Acto seguido escucharon una multitud de disparos realizados desde diferentes puntos. José Luis Guzmán y Juan Antonio Gaytán, que habían regresado de la exploración, se sumaron al ataque. El militar corrió a esconderse en la milpa. El piloto encendió el motor del helicóptero e intentó emprender la fuga. Una lluvia de balas se concentró sobre el aparato volador. Le fue imposible elevarse.

—¡Ríndete! ¡Ya no insistas! ¡Estás acabado!

El piloto tomó una metralleta M-2 y empezó a disparar desde abajo del helicóptero. Ahora, los tiros se concentraron sobre su sombra. El incauto recibió varios proyectiles en la cabeza. Murió con honor defendiendo a la tiranía.

Mientras tanto, Nepomuceno Parra y el teniente coronel se refugiaron en la casa de un rancho cercano. Los seis guerrilleros corrieron tras de ellos.

—¡Ríndanse, cobardes! ¡Están vencidos!

Les contestó el ruido del bosque. José Luis Guzmán, Carlos Armendáriz, Arturo Borboa y Óscar González se dirigieron a la casa del rancho. No encontraron a ninguna persona. La estufa de leña albergaba un caldo de res recién preparado. La dueña de la casa se había retirado minutos antes con un niño en brazos. Los jóvenes insurrectos salieron a buscar en la milpa.

—¡Salgan! ¡No tienen escapatoria!

Nepomuceno Parra y el teniente coronel respondieron con una ronda de balazos. Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell seguían los acontecimientos a la distancia.

—¡Ríndanse, cobardes! ¡No queremos matarlos!

Por respuesta obtuvieron un nuevo grupo de disparos. Óscar rodeó un sembradío con la intención de sorprender al enemigo. Barrió la milpa con una ráfaga de su M-2. Después de un rato de silencio, los guerrilleros decidieron espulgar entre las matas de maíz. La búsqueda resultó infructuosa.

Óscar decidió escudriñar detrás del cerco de piedra que rodeaba la casa del rancho. Encontró al teniente coronel llorando detrás de unas mojoneras. Se orinó sobre los pantalones cuando le apuntó con el rifle en la cabeza. Óscar llevó al prisionero ante los demás compañeros. Buscaron a Nepomuceno Parra por los alrededores del rancho. No dejó ni la huella de los zapatos. El miedo lo volvió invisible.

Desarmaron y maniataron al teniente coronel a un árbol.

—Suéltenme, por favor. Yo nomás recibo órdenes.

—Hay que ajusticiar a este bandido —comentó José Luis Guzmán.

—Si lo dejamos vivo de seguro va de chismoso con el gobierno —agregó Carlos Armendáriz.

—¡No voy a decir nada! ¡No me hagan daño! Les juro que voy a desertar del ejército.

—De cualquier forma, el cacique nos va a denunciar con el gobierno —comentó Óscar González en un intento por dilucidar una decisión.

—Bueno, por lo menos hay que deshacernos de este enemigo del pueblo —comentó Carlos Armendáriz.

—No tiene caso. No somos asesinos. Hay que quitarle sus pertenencias y dejarlo bien atado a un pino. No se merece ni el desperdicio de una bala —indicó Óscar González Eguiarte.

—Me voy a quedar con las insignias del teniente coronel. Si Lupito carga un morral de piedras en su

mochila, yo voy a guardar recuerdos de las batallas — comentó Carlos Armendáriz.

Sacaron el cadáver del piloto debajo del helicóptero. Acto seguido, le prendieron fuego a ese aparato infernal. El saldo de la batalla fue de tres fusiles M-2, dos pistolas Colt .45, dos relojes de pulsera y 160 pesos. A partir de ese momento la ubicación de los jóvenes alzados era un hecho inminente. La batalla fue bautizada con el nombre de “Rafael Martínez Valdivia”.

Los sublevados regresaron a la casa del rancho. Indemnizaron a la dueña por el susto recibido. Esa tarde comieron un sabroso caldo de res y se retiraron del lugar. Antes de continuar la marcha, dejaron un recado escrito con el teniente coronel. Según dicen las malas lenguas el recado se dirigía a los representantes del régimen burgués, los culpaban de la miseria del pueblo. De forma ingenua, solicitaban que detuvieran la explotación, de lo contrario seguirían en pie de lucha. Y, como siempre, se adjudicaron el acontecimiento: “Vencer o morir. Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz”.

La acción terminó como a las siete de la tarde. Era el momento, mágico y efímero, en que el sol copula con la montaña. Los guerrilleros dejaron los caballos y partieron en retirada. Desaparecieron con los últimos estertores del día. Un enjambre de demonios les acechaba los pasos.

Unas nubes enlutadas se arrejuntan en un rincón del cielo. Los estertores de la muerte rasguñan, furiosos, la espalda del atardecer. Con un paso cansado y triste, el sol se recuesta sobre las montañas. Un último rayo de luz, apesadumbrado, se lleva arrastrando entre los pies el azul del cielo.

El día se viste con la sombra de los muertos.

Un astro inoportuno llega temprano al funeral del día. Un frescor, arriado por el viento, invoca a las almas extraviadas. Frente a la nada, la noche desconsolada llora un mar de estrellas.

El arroyo se arropó de barrancos. No se percibía ninguna choza en el lugar. Era una encerrada de caminos en el mero gznate de la sierra. Los guerrilleros llegaron al anochecer. Traían tras de sus pasos una marcha de más de diez horas. Decidieron acampar en ese lugar.

Mientras instalaban el campamento, Lupito Scobell y Juan Antonio Gaytán salieron a explorar los alrededores. Evitaron encender fuego. Comieron tortillas de harina con mantequilla, carne seca y limonada. Se sentaron a descansar bajo la mirada triste de las primeras estrellas.

—Oye, Óscar, ¿qué contraste en la mochila del militar? —preguntó Carlos Armendáriz.

—Traía un cuaderno de notas, algo así como una bitácora de campaña. Ya nos tienen localizados. Los campesinos pasan información. Un lugareño nos vio acampados sin darnos cuenta. Nos denunció. Ahora sí, tenemos al ejército pisándonos los talones. Cinco columnas antiguerrilleras avanzan desde distintos puntos y posiciones para localizarnos y destruirnos.

—¡Ah, carajo! ¿Y eso viene apuntado en el cuaderno? ¿Qué puesto tiene ese militar? —preguntó José Luis Guzmán.

—Es un teniente coronel. Es el encargado de dirigir y coordinar las operaciones del ejército para localizarnos y aniquilarnos. Según estos apuntes, el enemigo dispuso de tropas y recursos desde el 9 de agosto para emboscar nos en este lugar.

—Ni cuenta se van a dar cuando salgamos de aquí —comentó José Luis Guzmán.

La noche le extendió un cálido abrazo a la montaña. Los rumores del bosque se empezaron a introducir en los sueños. Un susurro de voces seguía atado a los acontecimientos.

—Armaron un plan antiguerrillero con el nombre de “Operación Águila” y “Nudo Corredizo”. Están participando militares de Chihuahua y también de Sonora —comentó Óscar González Eguiarte.

—El miedo no anda en burro. Necesitan muchos peñones para enfrentar a un puñado de hombres valientes. Se les va a enchinar el cuero cuando nos enfrenten —

comentó Lupito Scobell. El resto del grupo dejó escapar una risa orgullosa.

—Vamos a dormir un rato. La siguiente guardia la cubrimos Juan Antonio y yo —dijo el líder del grupo.

Un viento desgastado por el tiempo rondaba la hondonada. El fresco de la noche les acarició los sueños. Un rumor ininteligible y lejano los mantenía alertas. Óscar se recostó y recargó la cabeza sobre la mochila. Ya no se dio cuenta si escribió o sólo pensó escribir en su diario de campaña:

«Hoy cumpla 23 años. Pienso dedicar el resto de mi vida a la causa revolucionaria. Lucharé hasta mi último aliento por la liberación definitiva del pueblo y por un futuro socialista».

El calor asfixia los cerros de la barranca. Un viento fresco y huidizo se sienta a reposar bajo la sombra de un naranjo. Los colores de las plantas florecidas embrujan la imaginación. Los árboles de aguacate se aferran con las uñas a los peñascos. Allá, en el fondo de la quebrada, el río danza como una serpiente emplumada. Los moscos revolotean atrapados en la mansedumbre del agua que corre en el río. Un lodo rastrero y encimoso macera los pies cansados de las bestias. Las veredas se juntan bulliciosas en el ombligo del mundo. La sierra estrecha sus brazos. El paso por el Cañón del Muerto es letal.

Los guerrilleros lograron evadir al enemigo. Se ocultaron algunas semanas en las fauces de la sierra. El ejército los ubicó de nuevo cerca de los límites territoriales del estado de Chihuahua. Fueron delatados por los propios campesinos. El ejército movilizó a un pelotón de más de ciento cincuenta soldados. Les tendieron una emboscada. Los soldados se parapetaron en la parte más estrecha del Cañón del Muerto. Los esperaron durante varios días en un lugar denominado La Mesa Larga. La muerte merodeaba con una sonrisa siniestra los rincones más profundos de la sierra.

Los guerrilleros se desplazaron por la vereda en completo silencio. Carlos Armendáriz y Arturo Borboa

ocupaban la vanguardia. Óscar González Eguiarte y José Luis Guzmán caminaban varios metros atrás. La retaguardia estaba ocupada por Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell. Eran cerca de las nueve de la mañana. Un viento mensajero de la montaña le susurró a Carlos Armendáriz un secreto al oído. Ya no lo pudo escuchar porque se lo tragó la nada.

El bramido de la corriente del río acariciaba el corazón de la montaña. Carlos Armendáriz observó a lo lejos el brillo intenso del agua. Apuró el paso para saciar la sed. Una voz fuerte que salió en medio de la nada le sacudió el ánimo.

—¡Alto! ¡Levanten las manos!

Carlos Armendáriz tomó su rifle en un movimiento instintivo. Una ráfaga de metrallata le incrustó varias balas en el cuerpo. En ese instante se inició el enfrentamiento. Los guerrilleros se tiraron al suelo. Dispararon de inmediato al enemigo. Carlos Armendáriz quedó sin protección. En los primeros minutos de la batalla se distinguió Arturo Borboa. Enfrentó a los oponentes de forma implacable con su ametralladora Thompson calibre .45. El ataque de Arturo Borboa permitió que Carlos Armendáriz se protegiera tras un pequeño montículo de piedras. Cobró forma una verdadera lluvia de balas. Arturo Borboa abatió de inmediato a cinco soldados. Brilló resplandeciente la valentía y el arrojo de los guerrilleros. Los soldados se quedaron sorprendidos. Por un breve instante se hizo un alto al fuego.

—¡Ríndanse! ¡Están rodeados! —gritó el teniente coronel que estaba al frente del pelotón de soldados.

—¡Nos rendimos pura fregada! —contestó a su vez Carlos Armendáriz y continuó con el combate.

—¡Vámonos, Carlos! ¡Vámonos! Por acá podemos romper el cerco —dijo Arturo Borboa.

—¡Váyanse ustedes! ¡Aléjense! Estoy herido. No se preocupen. Yo cubro la retirada.

—¡Vámonos, Carlos! ¡Hay que salir con vida!

—¡Váyanse! Rompan el cerco. Aquí me quedo.

—Te dejo mi fusil para que intentes salir con vida.

Los demás compañeros se replegaron. Óscar González Eguiarte tenía una herida de bala en la espalda. Para salir de la emboscada se apoyó en el hombro de José Luis Guzmán. La refriega hizo imposible rescatar las mochilas de campaña. Carlos Armendáriz se quedó a enfrentar a los oponentes. Se desplazó de un lugar a otro disparando desde diferentes puntos. Por un momento dejó de responder al ataque del enemigo. Los soldados salieron de sus trincheras e intentaron avanzar. Carlos aprovechó el descuido del ejército para realizar por lo menos diez bajas. Los soldados volvieron a ocultarse en las trincheras. La misma estrategia se repitió varias veces. El campo de batalla estaba regado de cadáveres. Bala que disparaba el insurrecto, bala que abatía a un enemigo. El combate duró más de media hora. Carlos Armendáriz sembró el pánico en los contrincantes. El teniente coronel ordenó avanzar, pero nadie se movió de sus refugios. Poco a poco la muerte fue cercando al joven rebelde. Era

el blanco incierto de cientos de disparos. Al final, aquel guerrero gigante dejó de disparar. Unas manos cobardes cocieron el cuerpo a balazos. El plomo incrustado en el cuerpo pesaba más de una tonelada de oprobio.

La montaña empezó a gritar desesperada. Un caudal infinito de dolor anegó el firmamento. Al horizonte libertario se le anegaron los ojos de lágrimas. Ocultas tras la luz del sol, las estrellas de Minerva vieron a Carlos exhalar el último soplo de vida.

Los soldados se acercaron con cuidado a reconocer los cadáveres de sus enemigos. Pensaron que se habían enfrentado por lo menos a un contingente de diez guerrilleros. Fue una gran sorpresa descubrir el cuerpo solitario e inerte de un muchacho que estaba a punto de cumplir 17 años.

—¡No puede ser! ¡Pero si es apenas un niño! Nos hizo él solo más de veinte bajas —comentaron los soldados cubriéndose con las manos la vergüenza y el miedo dibujado en el rostro.

El teniente coronel revisó la ropa del joven abatido. Encontró una identificación de estudiante y las alas del piloto militar que murió en combate cuando incendiaron el helicóptero. Miró el reflejo de su hijo en el rostro del cadáver. Un escalofrío le estremeció el cuerpo.

—Este chamaco tiene unas agallas de gigante —comentó el teniente coronel—. Vamos a organizar varias partidas para salir en busca de los demás revoltosos.

—Teniente, con todo respeto, pero nadie quiere perseguir a los guerrilleros —informó un sargento—. Si uno

solo nos hizo más de veinte bajas, imagine lo que pueden hacer juntos más de diez.

—¡Al que se insubordine lo mando al paredón de fusilamiento! ¡Nada más eso me faltaba, que un chamaco desbalagado tenga más agallas que todo un pelotón de soldados! —sentenció el teniente coronel.

—Pues yo prefiero morir fusilado por un tirano que ser acribillado por un hijo del pueblo —dijo un soldado después de dar media vuelta y tirar su fusil.

Llegaron como la lluvia. Primero se juntan las nubes negras y después cae el agua. Así llegaron los guerrilleros. Primero se acercaron los soldados a los pueblos y después vinieron ellos. El ejército llegó con sus programas de gobierno, dizque a ayudar a los campesinos. Nos dijeron que andaban en busca de unos bandidos, que eran malos, que asaltaban las casas y violaban a las mujeres. Pues, así, de rumor en rumor, nos metieron el miedo. Y hasta eso que los soldados nos repartieron despensas, nos trajeron médico y medicinas. Bueno, hasta nos ofrecieron dinero si les ayudábamos a capturarlos. La cosa es que la gente del pueblo ya colaboraba con el ejército antes de que llegaran. Luego, aparecieron los primeros rumores de que los habían visto caminar de noche en las veredas de la sierra. No, pues, así sin ayuda y con los pueblos en contra, se les puso muy difícil a los muchachos. Con decirle que yo también ayudé al ejército a capturarlos. Ahora me da vergüenza, pero en ese entonces yo no sabía lo que hacía. No, pues, yo les presté mis caballos a los soldados y me contrataron pa' que los guiara entre los caminos. Allí, en la encerrada del Cañón del Muerto, la que le dicen la Mesa Larga, allí los esperaron. A fuerza tenían que pasar por ese lugar. No hay de otra. Es un paso obligado si vas con rumbo a Sonora. Eran muchos soldados. Más de cien. Llegaron en avioneta. Se

escondieron entre los árboles y las piedras. No, pues, la tenían de su lado. Cuando miraron a los muchachos bordear por el río, pues que un soldado le dispara una ráfaga de balas al que iba en mero en frente. Los muchachos no se asustaron nadita. Se tiraron en el piso y, luego, luego, respondieron el ataque. Los demás salieron de la trampa. Nomás quedó herido el muchacho que caminaba por delante. Bueno, la cosa es que él solito mantuvo a raya al montón de soldados por más de media hora. Cuando por fin lo mataron, los soldados se dieron cuenta que era apenas un mocoso, ni siquiera era mayor de edad. ¿Usted cree? Ahí mismo, un montón de soldados dejaron sus fusiles en el suelo y se retiraron de la soldadesca. Hubo muchos muertitos. No estoy seguro. Unos 25 o 30. No estoy seguro, pero se los llevaron en la avioneta. Al muchacho lo dejaron ahí tirado. Así nomás, como si nada. Sin sepultura y sin nada, al aire libre pa' que se lo comieran los animales de la montaña. Cuando los soldados se retiraron, la gente del pueblo cubrió al muchacho con unas piedras. Todo el mundo se quedó muy sorprendido porque el cuerpo nunca se descompuso, no se pudrió ni se hizo nada, nadita. Después de tres días estaba intacto. Sería por tanto plomo que tenía dentro del cuerpo. No sé. La cosa es que la gente empezó a decir que era un milagro, que el muchacho era un santo. Entonces, llegó gente de los demás pueblos. Lo cubrieron con piedras y lodo, le pusieron flores, le rodearon veladoras y le cantaron un montón de salmos. Nacieron muchas historias y leyendas sobre los muchachos. Descubrimos que eran

guerrilleros, que era gente buena que defendía a los pobres y ajusticiaba a los caciques. ¡Qué lástima que lo supimos tan tarde! Desde entonces, a ese muchacho que murió de forma tan valiente se le considera un santo milagrero. Es un santo que ayuda a los pobres. San Carlitos, le dicen. Prodigia el milagro de la justicia. Con decirle que el 23 de agosto se ha convertido en un día de fiesta, celebramos el aniversario de los santos que defienden a los pobres. ¿Pues, qué más le puedo decir? No, pues, eso es todo.

De nuevo el zumbido. Un ruido de mayates gigantes nubló el cielo. Un llanto triste, de corazón roto, se le escuchó al silencio. Un sonido insoportable llegó de quién sabe dónde y por todas partes. El ruido de las avionetas era implacable. El ejército traía y llevaba soldados. Los habitantes del pueblo de Gosogachi, una pequeña localidad enclavada en los márgenes de la sierra de Chihuahua, contemplaban atónitos los nuevos acontecimientos. En esta ocasión descendió de la avioneta un señor de pelo cano con una finta de catrín. El extraño visitante vestía un traje de color negro, unos zapatos recién lustrados y una camisa blanca impecable. Desentonaba con la horda de soldados asustados y mal hablados que merodeaba el lugar. En la mano derecha, el hombre de negro sostenía un ramo de flores. En la mano izquierda apretaba con fuerza un papel.

—¡Identifíquese! —le ordenó un sargento al hombre de negro cuando descendió de la avioneta.

—Traigo un salvoconducto del gobierno. Es una autorización oficial para recoger el cuerpo del guerrillero muerto. Su nombre es Carlos David Armendáriz Ponce. Yo soy el padre de ese muchacho —respondió el hombre de negro.

La noticia cundió por el pueblo como reguero de pólvora. El extraño visitante era nada más y nada menos

que el padre del guerrillero caído en combate. Un piquete de soldados condujo al hombre de negro hacia el lugar donde se encontraba el cadáver de Carlos Armendáriz. Tras los pasos del hombre de negro, los habitantes del pueblo se fueron aglutinando. En unos cuantos minutos cobró forma una peregrinación. De las casas y de las veredas salió gente para acompañar al visitante. La peregrinación improvisada caminó por más de tres kilómetros entre las faldas de la barranca. A medida que se cruzaban los caminos se nutría el torrente de gente. El cielo también se puso de luto. Unas nubes grises lloraron al difunto. El hombre de negro llegó con paso lento ante el pequeño montículo de piedras. Observó, sorprendido, que el lugar había sido deshierbado. El montón de piedras estaba rodeado de flores y veladoras.

—Aquí está el cuerpo de su hijo. Aquí fue justo el lugar donde cayó muerto. Nadie lo ha movido —dijo un sargento.

Una mancha de tierra salió del fondo de la barranca y se enjuagó la cara con el agua de la lluvia. Un montón de gente se aglutinó alrededor del hombre de negro. Un coro de voces compungidas entonaba un rezo. El hombre de negro parecía ajeno al mundo. Se puso de rodillas. Despacio, como si se hubiera suspendido el tiempo, empezó a remover las piedras del montículo. En medio de aquella hecatombe de sentimientos fue apareciendo poco a poco el cuerpo de su hijo. Se inclinó, tomó una mano del cadáver y se la puso en el pecho. Se acariciaba las heridas del alma. Muchas manos ayudaron a

remover el montículo de piedras. Los trabajadores de una funeraria introdujeron el cadáver en un ataúd hermético. Antes de que retiraran el cadáver, se dejó escuchar un murmullo ininteligible de voces.

—No se lo lleve. Su hijo es un santo. Es un defensor de los pobres. Murió como Cristo, sin miedo. Déjelo aquí en la sierra para que nos proteja. Le prometemos que se lo vamos a cuidar.

El hombre de negro se puso de pie. Un ventarrón helado le sacudió el polvo en los rincones oscuros del alma. Enfiló su mirada a la cumbre de las montañas. Respiró una bocanada de humedad. Luego, observó, parsimonioso, el rostro de la gente. Parecía un recién resucitado.

—Les agradezco el cariño que le han brindado a mi hijo. Es apenas un niño y ya es un héroe. Se inmoló por la humanidad. Dejen que lo lleve a su casa, a su tierra. Dejen que lo lleve con su gente. Necesitamos llorarlo. Necesitamos decirle con nuestras lágrimas lo tanto que lo queremos, lo tanto que lo admiramos y lo tanto que lo vamos a extrañar.

Como parvada de zanates, un día, de pronto, se fueron los soldados. Con las últimas avionetas se fue el hombre de negro cargando a su hijo. Una estela de coraje y dignidad se quedó merodeando el lugar.

Cayó la noche. El cielo no dejaba de llorar. La sierra se sumergió en una oscuridad impenetrable. Con los últimos gritos de Carlos Armendáriz se esfumó la esperanza de salir con vida. Todo estaba perdido. El cerco militar y la aniquilación del comando guerrillero sólo era cuestión de horas. El comandante en jefe había recibido una herida de gravedad en la espalda. No podía caminar.

Sucedió algo imposible. Nadie salió a perseguirlos. Carlos Armendáriz logró desmoralizar a un pelotón de más de cien soldados. Los cinco guerrilleros improvisaron una curación de emergencia cerca de la zona de combate.

El cansancio y el hambre hicieron sentir sus estragos. Buscaron una cueva para protegerse y recuperar fuerzas.

—Volvimos a romper el cerco —comentó José Luis Guzmán.

—Se la debemos a Carlos. Murió en la raya —agregó Lupito Scobell.

—Yo pensé que los soldados nos iban a perseguir. Parece que la muerte de Carlos los dejó con los calzones en las rodillas —dijo Juan Antonio Gaytán sumándose a la conversación.

Óscar González Eguiarte se encontraba acostado a un lado de la fogata. Arturo Borboa le había aplicado algunos ungüentos de hierba en la herida. La oscuridad de la

cueva protegía a los insurrectos. Una pierna de vaca se cocinaba a fuego lento.

La oscuridad del bosque se refugió, temerosa, en el fondo de la cueva. La penumbra, absorta en el murmullo de la plática, arañaba las palabras. Un murciélago salió de la caverna y se perdió en el arrullo de la noche. Ahora los guerrilleros se sentían desprotegidos por la montaña.

—¿Cómo sigue Óscar? —preguntó José Luis Guzmán.

—Tiene fiebre. La herida se le está infectando. Necesita un médico —respondió Arturo Borboa.

—Ya tenemos más de ocho días en esta cueva. No tardan en descubrirnos. Hay que salir de aquí —comentó Juan Antonio Gaytán.

—Óscar necesita atención médica. Tenemos dos alternativas: o regresamos al estado de Chihuahua en donde están nuestros contactos o seguimos caminando a Sonora para salir de la zona de combate —comentó José Luis Guzmán.

—Yo opino que regresemos a la región de Dolores. Esa es nuestra tierra. Ahí nos protege la gente —dijo Juan Antonio Gaytán.

—Pero en Chihuahua el ejército nos anda buscando, y más en la región de Dolores. No se me hace buena idea si queremos seguir vivos. Además, estamos muy lejos y Óscar necesita un médico, pero ya —agregó Lupito Scobell.

—Entonces, no hay de otra. Vámonos pa' Sonora y salimos de la zona de combate. En Ciudad Obregón

atendemos a Óscar. Luego, tomamos la carretera federal y nos reagrupamos en el D.F. Cuando tengamos mejores condiciones reiniciamos la lucha —dijo de forma conclusiva José Luis Guzmán.

—Tenemos que aligerar la carga. Hay que esconder el armamento. Hay que quedarnos con lo mínimo. Una pistola y una caja de balas cada uno. No más. Necesitamos confundirnos con la población —propuso Lupito Scobell.

—No, güerco, pues está difícil. Con esta finta de por-dioseros que cargamos es imposible confundirse con los campesinos. Ya no traemos zapatos, la ropa son puras hilachas, las greñas y las barbas pa' qué te cuento. ¡Ah!, y la hediondera de fundillo me la pones aparte. La verdad es que asustamos al miedo —dijo Juan Antonio Gaytán.

—Ya vendrán nuestros días de gloria. Aunque sea después de muertos —agregó Óscar González Eguiarte como si se comunicara desde ultratumba.

Caminaron. Subieron cuestras, abrieron brechas, cruzaron ríos. Llevaron su espíritu indómito más allá de los límites de lo indecible. Tomaron al ocaso del sol como punto de referencia.

Ingresaron al estado de Sonora. El objetivo era atravesar la Sierra Oscura y arribar al poblado de Tesopaco. Un viento malhora les seguía los pasos. Se desplazaron durante ocho días a un ritmo de tortuga. La herida de Óscar González Eguiarte había empeorado. Caminaron con unas alpargatas hechas a base de unas sicuas de cuero de venado. Los pantalones y las camisas de lona se convirtieron en viles harapos. La montaña vio descender unos pasos cansados por el acantilado en busca del consuelo que proporciona el rumor de la corriente del río. El clima tropical se les trepó, sudoroso, al cuerpo. Pasaron por las inmediaciones de la hacienda de Archuyvo, propiedad de un acaudalado. Luego, rodearon los poblados de Palmarito, San Ignacio y Los Hornos. Una nube de cenizas se anticipaba al calor de la gente. Emprendieron el ascenso a Sierra Oscura a más de 2,200 metros sobre el nivel del mar. Los pulmones rasguñaban los riscos de los cerros en busca de un puñado de aire para celebrar, entusiasmados, su encuentro con la cima de la montaña. Desde lo más alto de la sierra divisaron el valle del Yaqui. El paisaje que se dibujó en sus ojos les

acarició el alma. Bajaron la sierra y pasaron a un lado de la ranchería de Curupaco. Un olor tenue a encino quemado les alborotó las ganas de llegar a casa. Un vaquero les siguió las huellas en las cercanías del rancho El Sabinal. Cuando pisaron el fondo de la sierra, caminaron por una brecha que los llevó al poblado de La Estrella. Allá a lo lejos, la bruma del mar, desmañanada, se sacudía las sombras. Bordearon con cuidado el arroyo hasta que arribaron a las afueras de Tesopaco. Unos ladridos desgastados les arrulló la imaginación. Necesitaban un descanso. Instalaron un campamento y decidieron ingresar al poblado a solicitar ayuda. Era un día cualquiera del mes de septiembre. Luego, la jauría hambrienta de los acontecimientos se les vino encima.

Los buitres zalameros se alimentaban de la desgracia. La cola de un remolino vistió al cielo de ceniza. Una nube negra se llenó la panza de tristeza. Los pueblos de la región eran un hervidero de soldados. La cuarta y la quinta zona militar se coordinaron para dar caza al comando guerrillero. Los rondines de soldados y judiciales se intensificaron en los caminos.

—Necesitamos dividirnos. Si entramos juntos al pueblo nos vamos a ver muy sospechosos —indicó José Luis Guzmán.

—Yo creo que, si juntos decidimos iniciar esta lucha, juntos debemos enfrentar al enemigo —comentó Lupito Scobell.

—No seas necio. Juntos tenemos pocas posibilidades de salir con vida de la zona. Hay que separarnos para buscar ayuda —dijo Óscar González Eguiarte.

Los bainoros estaban maduros, iluminaban de amarillo las hebras delgadas con las que se tejen los sueños. La chicura anunció los suspiros de la luna enamorada del mar. El batamote tupido los protegía de las ánimas de mal agüero. Arturo Borboa aplicó ungüentos de hierba en la herida de Óscar González Eguiarte.

—Propongo que ustedes —dijo José Luis Guzmán en alusión a Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell— tomen la delantera. Váyanse rumbo a Ciudad Obregón.

Cuando lleguen a la carretera federal, agarran pa'l sur. Mientras, Arturo, Óscar y yo buscamos ayuda en Tesopaco. La herida de Óscar ya tiene gangrena. Necesita un antibiótico. No aguanta más. El té de batamote no paró la infección. Cuando se recupere Óscar, los alcanzamos en el D.F. No se preocupen. Nos reorganizamos y volvemos a atacar.

—Pues yo todavía traigo la sombra del compa Carlos guardada en mi mochila. A ratos, cuando me canso, le doy un sorbo a sus agallas. Me ayuda a seguir con la lucha. Con su muerte nos salvó la vida. Pienso que juntos estamos más protegidos —agregó Arturo Borboa.

—Miren, compas. Lupito y Juan Antonio son los guerrilleros más experimentados del grupo. Ellos tienen más posibilidades de salir vivos de la zona de combate. Que vayan por refuerzos y que regresen a darnos auxilio. Es inútil que sigamos juntos. No puedo caminar. Necesito atenderme la herida. Nosotros vamos a buscar ayuda en el pueblo —ordenó Óscar González Eguiarte dando fin a la discusión.

—Nadie nos va a detener. Ni muertos van a poder sepultar nuestra palabra —le susurró al viento José Luis Guzmán.

Unas nubes amoratadas toman por asalto al cielo. Una mancha gruesa, hecha de pura sombra, cobija la espalda desnuda y frágil de la montaña. De pronto, una furia incontenible de agua pisotea la claridad del día. Una lluvia enojada de tanta sequía de justicia chicotea la

copa de los árboles. Los gritos apresurados de la noche asustan al silencio.

Unos vientos levantiscos, salidos de no sé dónde, tejen con paciencia la trenza de un torbellino. La humedad se traga los suspiros prematuros de la madrugada.

Cien días y cien noches sin parar de llover, fueron los hijos y las hijas que parió el diluvio.

Era de noche. La luna aún estaba envuelta en sombras. Un aire fresco arropó a la madrugada. La oscuridad se alimentaba de los ruidos de la montaña. Todavía faltaban algunas horas para que salieran los primeros rayos de sol. La situación era desesperada. La herida del comandante en jefe estaba gangrenada. José Luis Guzmán, Arturo Borboa y Óscar González decidieron pedir auxilio al primer vehículo que pasara por el camino. Se ocultaron detrás de unos arbustos que crecieron desinhibidos.

El mes de septiembre daba sus primeros pasos. El apocalipsis se asomó indiscreto por el horizonte. Una luz tintineante descendía por la cuesta. El camino desembocaba en el poblado de La Estrella. Los guerrilleros se apostaron en un lugar llamado Corral de Piedra, a sólo dos kilómetros de Tesopaco. Arturo Borboa y Óscar González se escondieron entre los bejucos. A José Luis Guzmán se le dio el encargo de salir a descubierto y detener al vehículo. No se distinguía nada en la penumbra. A pocos metros de distancia observaron una camioneta de redilas cubiertas con una lona. José Luis Guzmán, con pistola en mano, se colocó en medio del camino.

—¡Alto! No se preocupen. Somos amigos del pueblo.

Un grupo de soldados y judiciales descendió de forma intempestiva de la camioneta. Dispararon a

quemarropa. José Luis Guzmán no tuvo tiempo de recuperarse de la sorpresa. La primera bala traspasó la hebilla de su cinturón y le perforó el vientre. Una muerte fulminante le extendió un cálido abrazo. Los demás disparos que recibió eran innecesarios. Cayó una llovizna sobre la suerte de los insurrectos que después se hizo tormenta.

Arturo Borboa y Óscar González repelieron a los atacantes desde la orilla del camino. A los primeros disparos, los soldados abordaron la camioneta y huyeron a toda velocidad. Una estela de polvo y cobardía se quedó merodeando el lugar.

Caos. Caos. Caos. El universo se alimentaba de caos. En las oficinas de la presidencia municipal de Tesopaco se presentó una agitación inusual. Gente extraña entraba y salía del despacho principal. Las ánimas de los difuntos andaban alborotadas. Manuel Peñúñuri, presidente interino, estaba desconcertado. La situación se le salió de las manos. El ejército había tomado el control del pueblo.

El Chino Lavandera y Servando Buelna, policías municipales, se presentaron a rendirle cuentas a su jefe.

—¿Nos mandó llamar? ¿Para qué somos buenos? —dijo el Chino Lavandera.

—¿Qué pasó con los guerrilleros? ¿Ya los localizó el ejército? —preguntó el presidente municipal.

—Un grupo de soldados salió muy de madrugada a buscarlos. Todavía no regresan. Hay una denuncia de un ranchero de aquí cerca, pero en el pueblo nadie sabe nada. Yo creo que ya se pelaron —comentó Servando Buelna.

La camioneta de Manuel Peñúñuri se estacionó de forma abrupta frente a la presidencia municipal. El capitán Belmonte Aguirre descendió del vehículo e irrumpió en el despacho principal. Los ánimos estaban caldeados.

—¿Qué pasó? ¿Qué novedades tienen? —preguntó el presidente municipal.

—Nos topamos con los guerrilleros en un camino que va a la sierra. Los muy pendejos nos marcaron el alto. Alcanzamos a herir a uno. Los demás nos dispararon a mansalva. Ahora usted, como representante de la autoridad, debe ir a levantar el cadáver y dar fe de los hechos —ordenó el capitán Belmonte Aguirre.

—Pero ¿yo por qué, si ustedes lo mataron?

—Porque usted es la autoridad civil. No le estoy preguntando, le estoy ordenando. Así que ya sabe —gritó el capitán y abandonó el lugar.

Manuel Peñúñuri se quedó con el miedo atorado en el gaxnate. Un sudor frío le empezó a mojar el cuerpo. Intentó pronunciar algunas palabras, pero la voluntad no dio respuesta. Volteó a ver los cuerpos obesos y sudorosos de los policías. Se dejó sentir un silencio incómodo.

—Pero mira en qué problema me metí. Ahora resulta que nosotros tenemos que enfrentar a los guerrilleros. Háblenle al licenciado Ignacio Acuña para que nos acompañe —ordenó el presidente municipal a sus subordinados.

Los policías abandonaron el lugar. En ese momento de soledad, Manuel Peñúñuri se enfrentó con sus fantasmas.

—Esto me pasa por antepoche. Por andar de nalgas prontas. ¿En qué estaba pensando cuando acepté el interinato de la presidencia municipal? Ahora voy a quedar mal con el pueblo.

El tiempo de espera se prolongó una eternidad. Las ansias se devoraban a sí mismas. Los minutos se

volvieron espesos y densos. De pronto, el licenciado Ignacio Acuña ingresó en el despacho del presidente municipal acompañado de su asistente. Los dos policías entraron detrás de ellos. El miedo y el desasosiego se respiraban en el ambiente.

—Pues ahí tiene, licenciado, que los soldados me ordenaron que fuera a levantar el cuerpo de un guerrillero. La verdad no sé qué hacer. Así que le mandé hablar para que me acompañe. Usted es el juez. Usted es el que tiene que elaborar el papeleo.

—Que nos acompañen dos ciudadanos del pueblo para que nos sirvan de testigos. Tenemos que deslindarnos de los hechos. No vaya a ser la de malas y los guerrilleros se la tomen contra nosotros. Y para qué quiere más líos —comentó el licenciado Ignacio Acuña.

—Vamos a pedirle a Manuel Tineo y a Rabel García que vayan como testigos. Aquí están en la oficina. Seguro que no se hacen a un lado —propuso el asistente del juez.

Manuel Peñúñuri y sus acompañantes se encaminaron rumbo al poblado de la Estrella. A medida que se acercaban al lugar del combate un mar de nervios empezaba a desbordarse. Volteaban, temerosos, para todos lados. En cada hoja que movía el viento creían descubrir a un comando de guerrilleros. Nunca se imaginaron que a partir de ese momento la tranquilidad en sus vidas se les escurriría como agua entre las manos.

Detuvieron la camioneta junto a José Luis Guzmán. Los abofeteó su juventud. Con la pistola en las manos y

el cuerpo lleno de balas, el cadáver estaba rodeado de un aura de heroísmo. Nadie se atrevía a tocar al guerrillero abatido.

—¡Órale! Ustedes, los civiles, suban el muerto a la camioneta. Nosotros tomamos fe de los hechos —ordenó el presidente municipal.

Los civiles se acercaron al cadáver de José Luis Guzmán. Observaron, extrañados, la inconfundible presencia de la inmortalidad. En ese instante se dieron cuenta de que el muerto les abriría una puerta a la historia. Manuel Tineo tomó la hebilla del cinto perforada por la bala asesina y la conservó como trofeo. Rabel García le quitó un anillo al cadáver. Notaron con terror la mirada inquisidora del difunto. Esa mirada los perseguiría, insistente, hasta el último día de sus rapiñeras vidas.

La niebla que durmió sobre el pueblo se refugió de nuevo en la montaña. Los primeros rayos de sol peinaron el cabello infinito del firmamento. Unas nubes perezosas se espantaban el sueño. Un ladrido lejano de perros orientó sus pasos. Andaban en busca del calor humano. Un olor a leña quemada invocó un recuerdo fugaz de la infancia. Necesitaban una pequeña caricia en el alma para seguir luchando.

Óscar González Eguiarte y Arturo Borboa observaron un rancho a las afueras del pueblo. Decidieron acercarse para solicitar ayuda. Rodearon con cuidado una represa de agua. El lugar era un abrevadero de ganado. Las muñigas de vaca les indicaron el camino. Atravesaron una milpa. En el rancho se encontraron un corral con una recua de becerros. Sigilosos, cuidaron sus pasos. No pudieron evitar que los perros salieran a recibirlos.

A la distancia, escondido entre los matorrales, un joven observaba con asombro a los dos visitantes extraños. Le llamó la atención la triste figura que portaban: ropa desgarrada, pelo desgarbado y zapatos destrozados. Un paso cansado arrastraba el dolor acumulado de la humanidad. El muchacho los siguió como una sombra.

—¿Qué pasó? ¿Quién visita tan temprano? —gritó un hombre de edad avanzada parado en la puerta de la casa.

—No buscamos mal. No se preocupe. Sólo necesitamos un poco de ayuda —gritó Óscar González Eguiarte.

—Si no quieren problemas, entonces sigan su camino.

—Somos justicieros. Ayudamos a los pobres. Sólo queremos un poco de comida.

El hombre del rancho se quedó pensando un momento. Se escuchó el canto de los pájaros y el bramido de las vacas. Una burra recién parida empezó a rebuznar. Parecía como si los animales del rancho les brindaran una jubilosa bienvenida a los jóvenes rebeldes.

—Está bueno. Pásenle. Vengan a comer unos frijolitos.

Óscar y Arturo sintieron que la fortuna les hizo un pequeño guiño. La casa transpiraba tranquilidad. Traían los ánimos a salto de mata. Una mujer de carácter osco los interpeló dentro de la casa.

—¿Quiénes son estos muchachos? ¿Por qué traen esas armas?

—Sólo quieren un poco de comida y se van —contestó el hombre del rancho.

—No se preocupe, señora. No les vamos a hacer daño. Defendemos a los campesinos —dijo Óscar González Eguiarte.

—Ustedes son los guerrilleros que andan buscando los soldados. No queremos problemas con el gobierno. Mejor búsqnenle por otro lado.

—No te preocupes, vieja. Nomás quieren comida. Mira qué chamacos están. Son apenas unos bukis y ya andan luchando por los pobres. Podrían ser nuestros

hijos. Cómo les vamos a negar un taco. Eso no es de cristianos.

Los jóvenes se sentaron a la mesa. Les guisaron un par de huevos de gallina acompañados con frijoles refritos y tortillas de harina recién hechas. En unos tarros grandes les sirvieron leche de vaca. Comieron despacio para no agredir al estómago. Tenían varios días de sobresaltos y ayunos. El pequeño halago digestivo fue el último suspiro antes de sumergirse en el maremoto de la fatalidad.

Corría como alma que lleva el diablo. Iba montado a puro pelo en una mula. Los infortunios del mundo cabalgaban a su lado. Pensó que salvaría la vida de dos personas inocentes. A partir de ese día se le empezó a pudrir la inocencia en el alma.

Ismael Valenzuela entró al pueblo a galope. Atrapó la mirada de los lugareños. Los policías judiciales del municipio de Navojoa habían instalado un campamento en la plaza principal. Los judiciales descansaban a sus anchas a la sombra de unos huizaches. Estaban exhaustos después de buscar hasta debajo de las piedras a los sublevados.

—¡Comandante! —gritó Ismael Valenzuela.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Por qué tanto escándalo? —preguntó Rubén Acosta Félix, encargado de la partida de judiciales.

— Ya llegaron los bandidos que andan buscando. Están en un rancho cerca de aquí.

—¿Tú sabes en dónde está el rancho?

—¡Claro! De allá mismo vengo. Yo los puedo llevar.

—Seguro. Vamos por los soldados. No podemos enfrentarlos solos. Son muy peligrosos. ¡Arre! ¡Apúrense, que se nos pelan! —gritó a sus subordinados el comandante Acosta Félix.

Los judiciales se dirigieron a la orilla del pueblo de Tesopaco en busca del campamento de soldados. Un fantasma malhora acicateaba un torrente de adrenalina. Se presentaron de forma intempestiva. Pidieron hablar con el capitán Belmonte Aguirre. Argumentaron que era un asunto urgente.

—¡Capitán! Ya localizamos a los guerrilleros. Este muchacho nos va a guiar hasta el lugar —informó el comandante Acosta Félix.

—¿Dónde los vieron?

—En un rancho cerca del pueblo —contestó de inmediato el joven Ismael Valenzuela.

—Muy bien. Vamos a movilizar a un pelotón de soldados. Primero les tendemos un cerco. Ustedes se ponen al frente y se hacen cargo del arresto. Nosotros les cubrimos la retaguardia. Esta vez no se escapan.

—¡Ah, carajo! ¿Por qué debemos ponernos al frente nosotros? ¿Qué no son ustedes los expertos en contrainsurgencia?

—No sea cobarde, comandante. Lo que pasa es que debemos tratarlos como a unos simples delincuentes. No les podemos otorgar la categoría de guerrilleros. Así que es un asunto de su competencia.

—Pero en mi jurisdicción no han cometido ningún delito contra la población civil. Además, ustedes los están persiguiendo. Nosotros nomás protegemos al pueblo.

—Nada más eso me faltaba, que un pendejo como usted me diera órdenes. ¡Aquí yo soy la autoridad, y se

hace lo que se me hinchan los huevos! ¿Le quedó claro o prefiere que lo fusile junto a los guerrilleros? —gritó el capitán Belmonte Aguirre.

—¿En qué quedamos?, ¿delincuentes o guerrilleros? —preguntó el comandante Rubén Acosta Félix antes de dar media vuelta y salir a enfrentarse con la historia.

Evaporaba. El sol lucía una sonrisa bucólica en el horizonte. Unas hebras de nube se anidaron sobre los tejados. El calor empezó a derretir los huesos. El diablo escupía lumbre sobre el pueblo de Tesopaco.

Los soldados rodearon el rancho. Se ocultaron entre los arbustos. Las armas cargadas de ignominia apuntaban hacia donde se concentraba el calor humano. Los judiciales se colocaron al frente. Los animales exasperados denunciaron la presencia de la gendarmería. Los perros ladraban como poseídos. Las aves empezaron a gazar sin motivo alguno. Un coyote a lo lejos emitió un aullido de advertencia.

—¡Judicial del estado y ejército los tienen rodeados! ¡Salgan con las manos en alto! —gritó el comandante Rubén Acosta Félix.

Se le quebró el alma al tiempo. El viento devolvió lo que se había llevado. Un olor a jocoque rancio empezó a germinar bajo las sombras. Un huracán de calamidades se coló al interior de la casa.

—Es el ejército. Tienen rodeado el rancho —comentó Arturo Borboa asomándose con cuidado por una ventana.

—No salgan. Métense debajo de la cama. Voy a decirles que ya se fueron —dijo la dueña del rancho.

—No se preocupe, Doña. A cada uno le llega su hora y la mía ya está tocando la puerta —sentenció Arturo Borboa y se encaminó a la salida.

El comandante Rubén Acosta Félix estaba tragando fuego cuando vio salir de la casa a un hombre trasijado con las manos en alto. Observó a un joven delgado de rasgos indígenas, con la ropa destrozada, los huaraches desgastados, el cabello alborotado y la cara rasguñada. Los pómulos hundidos delataban un cansancio cansadísimo de estar cansado. El semblante del muchacho era tan triste y melancólico que le dieron ganas de ir a abrazarlo. Le marcaron el alto. Le pidieron que entregara el arma y que se tirara al suelo. Le esposaron las manos y lo retiraron de la línea de fuego.

—Ya sabemos que hay otra persona dentro de la casa. ¡Ríndase! ¡No tiene salida! —gritó de nuevo el comandante Rubén Acosta Félix.

El policía judicial se quedó esperando la respuesta. Lo abofeteó el silencio. El comandante ordenó a un subordinado que disparara una ráfaga de balas sobre el tejado. Una parvada de golondrinas llenó de oscuridad el cielo.

En el interior de la casa, el huracán de la calamidad siguió su curso. Los anfitriones se tiraron al piso. El miedo les apretó el gástrico.

—Nos van a coser a balazos —dijo el dueño del rancho.

—Si les preguntan, digan que nosotros los sometimos —indicó Óscar González Eguiarte al mismo tiempo que se puso de pie.

—No se entregue. Salga por atrás y corra pa'l monte —señaló la dueña del rancho.

—Es inútil. No hay salida. Además, el deber de un revolucionario es proteger al pueblo. Es el momento de someterse al juicio de la historia. Gracias por su hospitalidad. Están muy ricas las tortillas de harina. Me recordó a mi madre —comentó Óscar González Eguiarte antes de introducirse en las fauces de la bestia.

Alejados de la sierra todo era mar ignoto. Partieron rumbo al sur. Se fueron siguiendo los últimos suspiros de una mañana desvelada. Las veredas les enredaron el rumbo.

Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell no tenían más referencia que arribar a la Ciudad de México. Avanzaron de forma paralela al camino que conduce a Batacosa. Por un lado, la brisa del océano les endulzaba los sueños y, por el otro, la niebla encaramada en las montañas les acariciaba la nostalgia. Pasaron por el rancho Los Mautos. Las fuerzas del cuerpo se fueron volviendo humo en cada paso que daban. Después, rodearon el poblado de Santana de Padilla. Los seguía la sombra de los muertos. Atravesaron los cerros de Santa Juliana y llegaron al rancho El Cajón. Ocultos entre la maleza, escucharon un enjambre impertinente de rumores. Les pareció extraño. Así que prosiguieron su marcha por la parte baja del valle y, luego, cambiaron de rumbo. Ahora, se enfilaron al poniente. El sol envalentonado los miró a la cara. Se acercaron al rancho El Nacalpul. Cargaban en la espalda un costal de yuca repleto de calamidades. Arrastrando a duras penas un alma desahuciada se plantaron ante las puertas del rancho Cibachícuri. Decidieron solicitar ayuda por amor de Dios. Un lugareño arreaba un ható de ganado.

—Buenas tardes —saludó Juan Antonio Gaytán.

—¿Quién vive? —contestó el lugareño.

—Somos rancheros. Venimos del norte. Nos agarró la migra en el desierto y nos expulsaron por estos rumbos. Sólo queremos un buche de agua. Somos gente de trabajo.

—¡Ah qué güercos estos! ¡Mira nada más qué finta de pordioseros se cargan! Andan muy maltratados por la vida. Dejen llevo estos animales al corral y luego les comparto un taco.

—Somos gente del campo. Le sabemos a la tierra y a los animales. Usted nomás nos dice en qué le ayudamos. Y pa' luego es tarde —añadió Lupito Scobell.

El desconsuelo de la lucha les concedió un suspiro. La sombra de un pirul les tendió una mano amiga. El olor a establo les reconfortó los ánimos. Después de lidiar con los animales, los tres hombres se sentaron a compartir el lonche de Manuel Murrieta. En un pequeño tambache se encontraban unos burritos de frijoles acompañados de una rodaja de queso asadero. Un guaje con agua de tamarindo los aguardaba complaciente.

—¡Lléguenle a los burritos! Yo al rato como en casa.

—¡Qué buen amigo es usted! —comentó Juan Antonio Gaytán.

—¿Cómo fue que llegaron por estos rumbos?

—Mire, amigo, le vamos a decir la verdad, pero necesitamos que no le cuente a nadie, por su propia seguridad.

—No, pues, no se preocupen. Si no quieren, no me cuenten. A mí me da igual.

—Venimos caminando por la sierra desde el estado de Chihuahua. Somos guerrilleros. Luchamos contra el mal gobierno. ¿Qué le digo? Somos campesinos, gente de paz. Pero resulta que los caciques, con ayuda del gobierno, nos despojaron de la tierra y nos obligaron a trabajar como esclavos, con tienda de raya y esas cosas, usted sabe. Y así le hicieron con todos los campesinos de la sierra. Pues, como dicen, tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe. Ahí tiene que nos cansamos de tantos atropellos. Entonces tomamos las armas y decidimos hacernos justicia con nuestras propias manos. Esa es la pura verdad —comentó Juan Antonio Gaytán.

Lupito Scobell miró el rostro del lugareño para adivinar alguna respuesta. Se encontró el abrazo fraterno de un rancho.

—Lo supe desde que los vi. Por estos rumbos no se habla de otra cosa que de los guerrilleros. Los pueblos están llenos de soldados y judiciales. ¿A poco creen que no les vi las armas? No, pues, no me tragué la historia esa de que venían expulsados de Estados Unidos.

—Sí, verdad. El asunto es que aquí estamos y no somos gente de mal. Protegemos a los campesinos. Queremos una revolución, así como le hicieron Villa y Zapata. ¿Cómo la ve? —agregó Lupito Scobell.

—Conmigo no hay problema. Se pueden quedar en el rancho, pero los soldados no tardan en llegar. Tómenlo en cuenta.

—Le agradecemos su ayuda. No se preocupe. Vamos a descansar un rato y mañana muy de madrugada continuamos con nuestro camino.

—Ta bueno, pues. Se pueden quedar en el troje. Allí nadie los molestará.

—Oiga, y pa' todo esto, ¿cuál es su nombre? Usted tan amable y nosotros ni siquiera nos presentamos —agregó Juan Antonio Gaytán.

—Manuel Murrieta, para lo que se ofrezca. Este rancho es mío y aquí pegadito vive mi hermano. Es su casa.

—Algún día todos vamos a vivir tranquilos. Nadie tendrá riquezas a costa del hambre y el sufrimiento de los demás. Ya no habrá ricos ni pobres. Ya lo verá. Si no nos toca a nosotros, les tocará a nuestros hijos o a nuestros nietos. Pero alguien tiene que empezar. ¿Verdá, tú? —dijo Juan Antonio Gaytán para involucrar a su compañero en la conversación.

—Pues claro. Por eso estamos luchando —confirmó Lupito Scobell.

Sus pasos se quedaron tatuados sobre el suelo mojado. Su apariencia de desahuciados los delató. Eran dos caballeros andantes de triste figura. Al pasar cerca del rancho El Cajón, Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell fueron descubiertos por unos vaqueros. Siguieron sus huellas como fantasmas. La población estaba advertida de su presencia. Caminaban, titubeantes, en medio de la maleza, hacia un destino incierto.

Los vaqueros fueron al poblado más cercano a denunciar la presencia de los sublevados. El capitán Foglia era el responsable de buscar al resto de los integrantes del comando guerrillero en el municipio de El Quiriego. De inmediato se puso en contacto por teléfono con el presidente municipal.

—¡Bueno! ¿Quién habla? —contestó Ángel Parada Borbón, presidente municipal de El Quiriego.

—Soy el capitán Foglia, de la cuarta zona militar del estado de Sonora.

—Seguro. ¿Para qué soy bueno?

—Le informo que cerca de los poblados de su municipio se han divisado a unos guerrilleros muy peligrosos. Necesitamos que salga a buscarlos de inmediato.

—¡Ah, carajo! ¿Por qué nosotros? Si son guerrilleros, eso le toca al ejército, no a los policías municipales.

—¡Son unos vulgares criminales! Si no los busca pone en peligro a la población.

—Pero, pues, aquí en el municipio no han cometido ningún delito. Nosotros no tenemos por qué meternos en ese problema.

—¡Con una chingada! ¡Le estoy ordenando que salga a buscar a esos criminales! —gritó el capitán Foglia.

— Pues hágale como quiera, pero yo no voy a poner en peligro a los policías del municipio metiéndolos en asuntos del fuero federal —dijo Ángel Parada Borbón y colgó el teléfono.

Era la hora del amanecer en la que todo está ausente. El lucero de la mañana le susurró un secreto a la luna allá tras las nubes de la noche. El follaje de la selva se despertó húmedo de rocío. El calor del trópico se arrulló un rato en los brazos tiernos de la madrugada. Los peregrinos se disponían a seguir su camino.

Manuel Murrieta se acercó al troje para despedir a los visitantes. Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell estaban listos para partir. Después de un plácido sueño, el alma regresó al cuerpo.

—Miren, aquí les traigo, aunque sea tantita comida para el viaje.

—Muchas gracias, amigo, por su ayuda —dijo Juan Antonio Gaytán.

—¿Para dónde van? Digo, por si puedo ayudarlos con el rumbo.

—Vamos pa'l sur. Buscamos la carretera federal. ¿Cuál es la ruta más corta? —preguntó Lupito Scobell.

—Hay dos caminos para ir al sur. Uno es llegar a Ciudad Obregón y agarrar un camión de pasajeros. El otro es caminar rumbo a Fundición y encontrarse con la carretera federal. Para llegar a Ciudad Obregón hay que caminar al poniente por el camino que va a El Quiriego. Pasan por La Calera, después por La Noria, luego por El Juchuco y, al final, por unas granjas que se llaman Las

Micas. Esa es una buena ruta para llegar a Ciudad Obregón por el lado oriente. El otro camino es más directo. Caminan rumbo al sur hasta llegar a Batacosa. Luego, toman el camino de terracería que va de El Quiriego a Fundición, ahí se van a entroncar con la carretera federal. Bueno. Pues ustedes saben.

—Bueno, amigo, pues, qué le decimos. A veces se le acaban a uno las palabras para agradecer. ¡Muchas gracias! —agregó Juan Antonio Gaytán al mismo tiempo que le extendió la mano a Manuel Murrieta a manera de despedida.

El viento dio una voltereta, arrastraba las penas del mundo. La suerte se perdió entre unos pedazos de nube que descuajó del cielo la mañana. Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell decidieron dirigir sus pasos al sur para encontrar la carretera federal. Era una ingrata madrugada del 11 de septiembre. Pasaron por las ruinas de Baroyeca. Las sombras que pastoreaban bajo los árboles les robaron el resuello. Caminaron por el bajío. Dejaron sus huellas pintadas en el suelo como si fuera un valle de cenizas. Rodearon una pequeña sierra despeinada. La montaña emitía un suave murmullo que confundieron con el alarido de la corriente del río. Pasaron entre los ranchos de San Miguel y Cabora. El horizonte los estrechó fuerte entre sus brazos. Se acercaron al rancho Coraque. Un sueño mal habido invocó un recuerdo ingrato. De ahí continuaron por una brecha de terracería que se entoncaba con el camino que va de El Quiriego a Fundición. En ese preciso lugar había un par de rejas

guardaganado que les decían Las Parrillas Cuatas. Unos zopilotes de mal agüero rondaban tras sus pasos.

Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell pasaron con cuidado las rejas guardaganado. La muerte les dibujó una sonrisa en el brillo de los ojos. No entendieron la advertencia. Era medio día y el calor abrazaba al diablo.

—Oye, mijo, espérame. Voy a orinar. Sirve que descansamos un poco —dijo Juan Antonio Gaytán.

—Está muy desprotegido el lugar. Mejor descansamos más adelante.

—Deja tiro el agua porque ya no aguanto.

—Bueno, pues, lo acompaño. ¡Qué más!

—Está muy raro este lugar, es como si nos hablara la montaña.

—No conocemos el rumbo. ¿Será por eso? —agregó Lupito Scobell al mismo tiempo que orinaba al lado de unas plantas de otate.

De pronto, una nube vestida de luto se arrodilló en el cielo. Emitió un quejido tan fuerte y triste que a la montaña se le anegaron los ojos de lágrimas. Unos hombres extraños salieron de entre la maleza. Sus armas cargadas y listas para disparar apuntaron hacia los insurrectos.

—¡Levanten las manos! ¡Suelten las armas!

—¡Hijos de su tal por cual! Nos agarraron con las pelotas al aire. Ni siquiera nos dieron tiempo para morir con honor —dijo Lupito Scobell frente a su destino fatal.

Un viento caprichoso y esquivo empujaba los pasos amodorrados de la montaña. Una mancha lagañosa ensució los ojos azules del cielo. La inquina se anidó, como los hongos, bajo la sombra y la humedad del bosque. Varias partidas de soldados se encontraban distribuidas por la sierra de Chihuahua. La misión era localizar, cercar y aniquilar al grupo de sublevados que hostigaban a los caciques de la región. Las partidas de soldados tenían asignada una hora para comunicar las novedades del día. Eran pasadas las cuatro de la tarde. La partida apostada en el pueblo de Tesopaco pidió que se interrumpieran las comunicaciones porque tenían un asunto urgente. El mensaje fue transmitido en una clave a base de puntos y rayas.

—«Atrapamos gavilleros. Cuatro prisioneros. Entregaron armas. Tienen mala salud. Nombres confirmados: Óscar González Eguiarte, Arturo Borboa, Juan Antonio Gaytán, Guadalupe Scobell. Esperamos órdenes» —escribió el telegrafista del ejército copiando el mensaje escrito que le extendió el capitán Belmonte Aguirre.

El tiempo se sumergió en un desasosiego infinito. Los segundos se agrandaron como las sombras de las nubes que habitan sobre los cerros. Los soldados se aglutinaron en torno al telegrafista. Pasaron más de treinta minutos antes de recibir la respuesta. De pronto, empezó a sonar

el telégrafo. Las órdenes venían de parte del titular de la Secretaría de la Defensa Nacional.

—¡Ah, carajo! —dijo el telegrafista y volteó a ver con estupefacción el rostro de sus demás compañeros.

El telegrafista no dio crédito al mensaje. Volvió a repasar sus apuntes.

—¿Qué dice? —preguntó el capitán Belmonte Aguirre.

El telegrafista se prestaba a descifrar el mensaje cuando, de pronto, volvió a sonar el comunicador.

—Permítame. Hay un nuevo mensaje en la línea.

—¿Qué está pasando? ¡Dígame!

—De la ciudad de Chihuahua están solicitando a la Defensa Nacional que confirmen el mensaje.

Se escuchó de nuevo la máquina con la confirmación del mensaje emitida desde las oficinas centrales ubicadas en la Ciudad de México.

—¡Con una fregada! ¡Díganos ya lo que dice la Defensa! —gritó el capitán Belmonte Aguirre.

El soldado encargado del telégrafo fijó su mirada en un lugar indefinido de la mancha que ensució el cielo. Se sentía el responsable de la sentencia. Pronunció tres palabras en voz baja:

—Mátenlos en caliente.

Un viento malhora alborotó la sombra de los árboles. Las nubes se arrojaron en el fondo de la barranca. Un llanto triste salido de los terrajones abandonados en la falda de los cerros asustó al ladrido de los perros. El capitán Foglia llegó bajo la sombra de una parvada de zopilotes al pueblo del Quiriego. Los jóvenes insurrectos venían con las manos atadas. El pelotón de soldados invadió la presidencia municipal. Los militares irrumpieron de forma abrupta en el despacho principal.

—Aquí le traigo a los gavilleros que se negó a buscar —dijo el capitán Foglia.

—¿A mí por qué me los trae? Ese es asunto suyo —respondió Ángel Parada Borbón.

—Tengo órdenes de fusilarlos. Necesito que me acompañe en este momento a las afueras del pueblo para que sirva de testigo.

—Pues fíjese, capitán, que yo no lo acompaño a ninguna parte. Además, yo no autorizo el asesinato de esos muchachos en el municipio de El Quiriego. Aquí no cometieron ningún delito. Y, en todo caso, tienen derecho a un juicio, a una defensa y a un veredicto por parte de un juez. Siento informarle que en este país está prohibida la pena de muerte.

—¿Se cree muy chingón? ¿Piensa que puede pasar por encima del ejército? Pues fíjese que usted es un pendejo.

Y ya me debe varias. Más adelante nos encontraremos, ya verá.

—Es posible que sea un pendejo, pero no soy un cobarde. Ni ando matando a mis enemigos a mansalva, sin defenderse, escudado en las instituciones —comentó Ángel Parada Borbón antes de que el capitán Foglia abandonara la oficina azotando la puerta.

Unos remolinos de calamidades bajaron del cielo como ángeles caídos. Se arrejuntaron los bochornos, los sinsabores y los malos augurios en un rescoldo que dejó el olvido. Una nube de cenizas levantadas de un cementerio se refugió bajo la sombra de los cerros. La maldad se hizo tierra, se hizo lodo, se hizo lluvia, se hizo viento y se hizo risco apelmazado en las entrañas del silencio.

Una ventisca amarga arrastró una estela de polvo triste por las calles de Tesopaco. La gente del pueblo estaba inquieta. A esas alturas, se respiraba un aire de respeto hacia los jóvenes insurrectos.

Juan Antonio Gaytán y Lupito Scobell fueron trasladados en una avioneta a la cabecera municipal. Los amargaron y los torturaron. Los sedaron con un narcótico y los depositaron en unos costales de jarcia. Ya en el pueblo de Tesopaco los aventaron como si fueran inmundicia a la parte trasera de un vehículo del ejército y los llevaron con sus compañeros.

—Capitán, estos hombres están bajo la jurisdicción de la Policía Judicial del Estado. Vamos a iniciar una averiguación previa y serán sometidos a un juicio público — indicó el comandante Rubén Acosta Félix en los separos de la policía municipal.

—¡Déjese de pendejadas! Tengo la orden de mis superiores para fusilarlos de inmediato. Ahora están bajo

mi responsabilidad —indicó el capitán Belmonte Aguirre.

—¿Qué no me dijo usted que eran unos delincuentes comunes? Entonces sométalos a un proceso legal.

—Mire, comandante, no se meta en mi camino porque me lo llevo.

—¿Qué procede? ¿Se van a llevar a los detenidos? —preguntó el presidente municipal.

—Vamos a fusilarlos a las afueras del pueblo. Usted y su secretario se vienen con nosotros para que constaten los hechos —dijo el capitán Belmonte Aguirre y ordenó a los soldados que sacaran a los prisioneros a la calle.

La cobardía se hizo cuerpo uniformado bajo la jerarquía de un nudo enredado con hilachas nauseabundas de lo absurdo. El valle de las desgracias y los lamentos tristes se cubrió de charcos de cinismo. El cielo alcanzó a escuchar un llanto desconsolado de una flor de nardo atragantada en el hocico de los cerdos. Como escarmiento público, el ejército obligó a los prisioneros a caminar descalzos por las calles del pueblo. Los jóvenes guerrilleros estaban heridos y tenían llagas en los pies. Los dioses y los demonios del infierno observaron con estupefacción el acontecimiento. Los lazaron como a viles reses y los llevaron arrastrando a las afueras del pueblo. Las sombras de la tarde se acercaron con una rabia infinita en las entrañas. Óscar González Eguiarte lanzaba improperios y anatemas contra el gobierno.

—Somos los hijos olvidados de la patria. Vamos a morir defendiendo a los campesinos y a los explotados

de la Tierra. Luchamos contra las injusticias. Queremos una patria libre donde no exista hambre, miseria ni explotación. Luchamos por un futuro socialista, donde el hombre no sea el lobo del hombre, donde no haya ricos ni pobres, donde las personas puedan vivir felices y tranquilas.

—¡Ya cállate o te matamos aquí mismo! —gritó el capitán Belmonte Aguirre.

—Nunca podrán callarnos. Nunca podrán vencernos. Ni muertos vamos a dejar de luchar contra las injusticias. Nadie puede detener la rueda de la historia. Podrán golpearnos, torturarnos o asesinarnos, pero jamás podrán callarnos. Somos la voz del pueblo insurrecto. Somos la dignidad rebelde.

—Cierra el hocico o te cortamos la lengua.

—Los soldados son pobres igual que nosotros. Son hijos de campesinos y obreros igual que nosotros. Llevan el sufrimiento en el alma igual que nosotros. Somos hermanos, somos de la misma sangre. Nos parió la misma madre patria. No maten a sus hermanos. No obedezcan a los cobardes. No se manchen las manos con la sangre de su gente. Si no quieren a su patria no quieren a su madre. Todos aquellos que nos toquen o nos maltraten serán malditos, serán infames. Los fantasmas de la historia saldrán a perseguirlos.

—¡Permítanme! —dijo el capitán Belmonte Aguirre al mismo tiempo que le tumbó los dientes a Oscar con la culata del rifle.

Un relámpago a lo lejos aluzó por un breve instante las cavernas soterradas de la memoria. El cielo se vistió de luto. Un canto fúnebre bajó de la montaña. Colocaron a los sublevados frente al pelotón de fusilamiento.

—¿Quieren que les venden los ojos?

—No es necesario. No le tenemos miedo a la muerte —contestó Arturo Borboa.

—Como ustedes quieran.

—Yo no sé hablar tan bonito como Óscar, pero una cosa sí les digo: ustedes, con sus fusiles cargados de miedo, nos van a hacer inmortales —dijo Arturo Borboa perdido en la mirada del enemigo.

Allá a lo lejos los cerros se tragan el último suspiro del día. Las sombras de la noche llegan a habitar el cielo. Los ojos del universo lloran inconsolables un torrente de estrellas. Una cola de conejo apenas visible se roba el brillo de la luna. La penumbra enlutada y triste se refugia en el silencio.

La noche en su plenitud tiene un sueño interminable de angustia.

Un viento amortajado se roba la alegría del mundo. Desde entonces, el dolor se hizo diluvio.

Llegó solitario aquel hombre extraño, como hoja que arrastra el viento. Descendió de una avioneta particular. Su presencia se sentía calentita, como un tizón encendido. Lo recibió el comandante de la policía judicial del estado, Rubén Acosta Félix. Era un pobre peregrino perdido en el laberinto de la desgracia. Su apariencia hacía notar una posición económica desahogada. Un traje nuevo de casimir. Unos zapatos de charol impecables y un sombrero blanco de ala corta. Se presentó con documentos oficiales en mano que autorizaban la exhumación y el traslado del cuerpo de un guerrillero.

Los soldados se habían marchado del pueblo. Aquel extraño visitante andaba tras los rastros de un fantasma.

—Oiga, comandante, ¿se podría contratar a unos enterradores para que me ayuden a exhumar los cuerpos? —preguntó el hombre extraño.

—Por supuesto. De camino al panteón municipal llegamos por unos conocidos —indicó el comandante Rubén Acosta Félix.

Rubén Velázquez, Servando Buelna y José Jesús Duarte “El Pantera” se hicieron cargo de desenterrar a los insurrectos. Aquello era un verdadero acto de resurrección. El hombre extraño observó impávido la maniobra. Respiró una bocanada de consuelo. Se acercó a los difuntos como si fueran una reliquia sagrada. Examinó

con atención el rostro de los cuatro muchachos que tenía enfrente. Se hincó, piadoso, sobre el suelo de tierra. Parecía un penitente pidiendo perdón por una condena eterna. Tocó el cráneo de uno de los jóvenes fusilados con un amor tan inmenso que hizo florecer la pradera. Le dio un beso tierno en la frente.

—Es mi hijo, pero no pude llegar a tiempo para salvarlo —dijo el hombre extraño con un profundo dolor en el alma.

—¿Preparamos el cadáver? ¿Se lo va a llevar?

—No. Aquí lo voy a dejar. Está mejor con los suyos. Con sus compañeros de lucha, con los que compartió sus sueños de libertad.

El hombre extraño abordó de nuevo la avioneta que lo había llevado al pueblo de Tesopaco. Abandonó el lugar. Nunca más se le volvieron a ver los pasos. Se llevó el dolor y les dejó la rabia.

—«Qué bonito ha de ser morir por un ideal» —pensó el comandante Rubén Acosta Félix cuando la avioneta se perdió en el cielo.

Esta edición de  
*Retorno inasible*  
se terminó de imprimir en julio de 2025 en  
Talleres de encuadernación ARI,  
ubicados en calle Escudero No. 2304, colonia Santo Niño,  
Chihuahua, Chih., México.